



COLECCION

DE

HISTORIAS INTERESANTES

Y DIVERTIDAS.

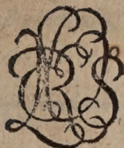
TOMO III. DE LA COLECCION.



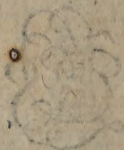
Al decir estas palabras el anciano, preséntase á los ojos de Bianina un joven, igual en hermosura al mismo Adonis, y de unas formas tan valientes y robustas como las de Marte.... Cap. I.

LOS SIBARITAS.

PRIMERA PARTE.



MADRID
POR REPULLÉS, frente á la Merced.
1806.



LOS SIBARITAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Valle de Bagno. — Peligros de la soledad á los quince años. — Aparicion.

Era Florencia hácia el medio del siglo décimo quinto, uno de los estados mas ricos y mas poderosos de la Italia, y el que hacia el principal papel entre los demas pueblos de la Europa. Las flotas de la república cubrian los mares, sus tesoros mantenian el comercio de la mitad del globo, sus

exércitos la hacian temible á sus vecinos, en fin los Vizconti no podian ménos de ceder á sus fuerzas, y la orgullosa Venecia la miraba como á un ribal temible. El talento prodigioso de los Medicis, la industria de los ciudadanos, la influencia activa de las ciencias y las artes, y un conocimiento exâcto de la sabiduría y patriotismo de la antigüedad, habian fundado, y parecian deber consolidar aun mas una prosperidad tan grande; pero el luxo y todos los vicios y males que arrastra detras de sí, se habian introducido en Florencia con las artes escapadas de la Grecia, é iban destruyendo sordamente su poder (1).* Las riquezas enormes y desmedidas de algunos particulares, habian, obstentando su libertinage y su ambicion, encendido mil envidias, ribalidades y odios here-

(*) *Véanse las notas que estan al fin del tomo.*

ditarios que ponian á cada instante al estado á punto de perderse; y en una palabra, aquella soberbia ciudad habia llegado á hacerse la escuela de la intriga y del mayor desenfreno.

Ya hacia bastante tiempo que ofendia á la virtud del Conde Guillelmo Bonelli un expectáculo de esta naturaleza; así que, resolvió arrancar á su única hija del medio de esta corrupcion general. "No, se decia él á sí mismo, mirando con ojos enternecidos á la hermosa é interesante Bianina, á la sazon de edad de doce años; no, el ayre pestífero de Florencia no debe corromper tanta inocencia y tantos atractivos...... huyamos, pues que aun es tiempo...... huyamos ántes que se fixe su atencion en alguno de estos objetos corruptores, de cuyo peligro solo la puede convencer y libertar la razon ó la experiencia." "Ven, hija mia, añadió, di»rigiéndole la palabra, ven á ol-

»vidar conmigo, en el seno de la »naturaleza, que exîsten hombres »capaces de ocultar sus pasiones, »hasta el punto de darles la apa»riencia de la virtud; pues que una »vez que los perversos, ó el mis»mo vicio nos hayan cogido en sus »redes, ya no es tiempo entónces de »llamar á la sabiduría en nuestro »socorro."

A estas palabras no pudo reprimirse ni evitar el que asomasen algunas lágrimas á sus ojos: estrechó con agitacion á su hija entre sus brazos, en tanto que sus miradas, llenas de una especie de furor, se dirigian alternativamente sobre ella y sobre un quadro que se hallaba colgado enfrente de él. Sorprehendida Bianina de este movimiento de desesperacion, clavó con ayre asombrado y de interes sus hermosos ojos sobre los de su padre, como para preguntarle la causa de su pena; y concluyó mezclando sus lágrimas con las suyas.

Tristes y acerbas fuéron las memorias que con este motivo se renováron en el alma del desgraciado conde; y llevándole su imaginacion al tiempo pasado, lleno de amargura para él, solo las caricias de su hija fuéron capaces de sacarle de la especie de anonadamiento en que pareció hallarse sumergido por algunos minutos.

"Partamos al instante, padre mio, le dixo la afligida Bianina; partamos sin perder tiempo, si nuestra salida de esta ciudad puede calmar vuestro dolor." Estas palabras de su idolatrada hija llenáron de serenidad su semblante, y de una tranquila paz su alma; y aquella misma noche, huyendo de la magnífica y estrepitosa Florencia, tomó el camino de los Apeninos.

El valle de Bagno (2), que era en donde estaba situado el castillo del conde, es uno de los sitios mas pintorescos y mas deliciosos de aquellas montañas. Fór-

manle dos cordilleras de escarpadas rocas que descienden hácia el llano, abrazan una parte de él, y le coronan con un magnífico anfiteatro, cuyos hermosos puntos de vista, y agradables y graciosas formas que presenta, no pueden ménos de arrebatar deliciosamente toda la atencion del viagero. Algunas grandes y elevadas masas de granito; varios torrentes, que baxando de la montaña, se precipitan por entre sus escabrosidades, hasta llegar á lo mas hondo del valle; infinidad de ganados que andan pastando sobre las orillas de aquellos profundos precipicios; una multitud de viñedos y de arbustos que guarnecen las faldas de estas montañas; y en fin, mil flores, mil campos sembrados y praderias que adornan el valle, hacen de este sitio la morada mas halagüeña y mas encantadora. Algunos pueblecillos que se descubren á diver-

sas distancias, animan tambien este delicioso pais que en aquel tiempo se hallaba coronado con el castillo del conde, el qual se elevaba sobre una colina cubierta de jardines, y terminada hácia el norte por vastos é inmensos bosques. Las costumbres de los habitantes, tan puras como el ayre de sus montañas, hacian entónces de este valle medio salvage el asilo de la sencillez, de la paz, y de la felicidad.

Aquí fué adonde se retiró el conde con su querida hija: aquí era en donde tenia pensado enmedio de los sencillos placeres de la naturaleza, imbuir en su alma todas las virtudes relativas á su sexô, y libertarla sobre todo de la mas peligrosa de todas las pasiones. Tolentino, uno de los discípulos del Dante, se encargó de ayudarle en esta empresa; y en tanto que el uno se empleaba en amaestrar su corazon, el otro alimentaba su espíritu refiriéndole las sublimes vir-

tudes que reynáron en los siglos pasados; pero ni el uno ni el otro advirtiéron á tiempo el peligro que podia tener una educacion semejante para una alma naturalmente bondadosa, pero sensible y exâltada hasta el extremo.

En el entretanto el corazon de Bianina se iba formando en tales términos que no tardó mucho en exceder todas las esperanzas que sus dos maestros se habian formado. Su humanidad con los desgraciados, los socorros y consuelos que ella prodigaba á los infelices, y el ardor con que observaba las bellezas de la naturaleza, llenaban cada dia de gozo y de satisfaccion el alma de su padre; y el mismo Tolentino, no podia ménos de sorprehenderse al ver el ansia con que su jóven discípula leia y estudiaba en los modelos de la antigüedad. Si Homero inflamaba su imaginacion; si los versos de Euripides la hacian derramar copiosas lágrimas, la his-

toria parecia producir en ella una impresion mas profunda aun; pues que se la veia enagenada de entusiasmo al solo oir los nombres de las Artemisas, de las Lucrecias, de las Cornelias; y de todas las mugeres célebres, víctimas á un mismo tiempo del amor y de la virtud.

Observó Tolentino estos excesos de sensibilidad, y bien pronto llegó á conocer lo mucho que debian temerse sus consequencias; así que, se ocupó desde luego en buscar los medios de evitarlas, haciendo conocer á Bianina que lo que leia en los libros distaba mucho de la realidad, y manifestándole los vicios y las virtudes de los hombres, despojados de aquellos adornos, y de aquella magestad facticia que les prestan ó les añaden los historiadores y los poetas. En quanto al conde, encantado de ver que su hija pasaba el término que habian fixado las esperanzas quasi chîméricas que él habia fun-

dado en ella, estaba muy léjos de temer ningun daño en lo sucesivo; y solo ocupaba su corazon una admiracion perpetua de las virtudes y gran mérito de su hija. Persuadido de que la elevacion de su alma, la pureza de su corazon, los conocimientos con que se habia procurado adornar su perspicaz talento, y sobre todo el entusiasmo que la inspiraba la virtud, serian otros tantos obstáculos contra el amor, ya se regocijaba de ver á su hija libre de esta peligrosa pasion, que con respecto á él habia causado la desgracia de toda su vida. Tolentino juzgaba muy diversamente acerca de este punto: sabia muy bien que el amor quando se apodera de un alma tal como era la de Bianina, es violentísimo luego que se cree haber encontrado un objeto digno de su ternura; pero tenia por inútil el afligir con anticipacion el corazon de un padre tierno y afectuoso.

Llegada Bianina á la edad de quince años, ya habia conseguido aquel grado de hermosura á que nada se resiste, y que inspira desde luego amor ó admiracion. Su fisonomía, sus gracias, y sus formas, atraian las miradas de todos, y cada una de sus acciones excitaba en los que la veian aquel dulce entusiasmo que se introduce hasta el corazon. El color sonroseado y la blancura de su cutis eran la imágen de la tranquilidad y de la pureza que reynaba en su alma. Pero llega un tiempo en que se efectua en nosotros una revolucion repentina, y en el que una potencia mágica, digámoslo así, é irresistible parece apoderarse de repente de nuestra exîstencia: el mundo toma entónces una nueva forma á nuestra vista: un tropel de sensaciones desconocidas nos agitan y nos asombran: todo lo que nos rodea se une á nosotros con unas relaciones que no habiamos conocido hasta aquel

punto: lo honesto y agradable, sea de la especie que sea, nos encanta, nos lleva tras de sí; y nos sumerge en una meditacion de la que no podemos comprehender ni la causa, ni el objeto y término; y en fin, olvidamos, por decirlo así, hasta el arte de calcular el tiempo; pues que lo por venir y lo pasado se confunden en nuestra imaginacion, y el tiempo presente mismo parece perderse en los deseos y esperanzas que nos atormentan.

Ya se acercaba Bianina á este peligroso momento. Una inquietud, cuyo origen no conocia, comenzaba ya agitarla: mil suspiros se escapaban á cada instante de sus hermosos labios, sin poder adivivinar quál era la causa de ellos: una especie de incomodidad, y una melancolía profunda se habian apoderado de su alma, en términos que no tardó mucho su corazon en sentirse como oprimido de un peso que ella no podia

definir quál era, ni separar de sí; en fin, una imágen llena de atractivos, aunque fantásticos, vino á apoderarse de ella, y comenzó á representársela en su fantasía, y á mezclarse en todos sus pensamientos, á pesar de los esfuerzos que hacia para apartarla de sí; y desde este momento ya le fué imposible disimular y querer ocultar por mas tiempo el vacío que se hallaba en su corazon: sus diversiones, sus habitudes, la expresion de sus miradas, y hasta sus acciones mismas se mudáron de repente. El fogoso Petrarca le hizo poner en olvido á los demas escritores sublimes que ella habia apreciado tanto; y el mundo y su fria política llegáron á cansarla en extremo; no hallando ya desde entónces atractivo ni delicia alguna como no fuese en el retiro y en la soledad. Frecuentemente se la veia pensativa y taciturna andar vagando por aquellos senderos que conducen á

los Apeninos: otras veces se ocultaba entre las espesuras de los platanos y negros cipreses, para meditar en el seno del silencio y de la obscuridad de aquellos bosques, en el ser imaginario y chîmérico de que estaba poseido su corazon, que ella se deleytaba en adornar á cada instante con nuevas gracias y bellezas, y al qual se dirigian todos sus suspiros, y todos sus deseos.

Tan sumergida se hallaba una tarde en sus reflexîones, que sin echarlo de ver la sorprehendió el crepúsculo de la noche, en medio de los bosques del valle de Bagno: mas agitada aun que lo que lo solia estar otras veces, sentia su corazon oprimido de pena, su pecho devorado con un fuego secreto, y sus mexillas cubiertas de algunas ardientes lágrimas; y no pudiendo resistir á la turbacion y á una especie de entusiasmo halagüeño que la dominaba, templó

un bandolin que llevaba consigo, y cantó algunos versos que expresaban del modo mas vivo y ménos equívoco el estado en que se hallaba su alma. Apénas hubo concluido, quando aumentando la música el delirio que la poseia, quedó sumergida en una meditacion tan profunda, que creyó ver delante de sí al objeto de su amor; pero una aparicion real y verdadera disipó bien pronto este prestigio. Una claridad no muy confusa y repentina se presenta de improviso á sus ojos, y de lo mas espeso del bosque, cuyas ramas de los árboles y arbustos parecian baxarse y apartarse para dexar libre el paso, ve salir de allí á poco á un anciano, vestido de ropa talar, y rodeado de un resplandor que deslumbra su vista. Quiere huir Bianina, pero el terror la detiene; y poniéndose de rodillas sobre la yerba, queda inmóvil, hasta que el ayre noble y

franco del anciano, y su sonrisa y voz cariñosa la hacen recobrar un poco su valor y su confianza.

"No temas nada, hija mia, la dice el anciano: yo soy un mortal lo mismo que tú; pero un mortal que ha sabido descorrer el velo misterioso con que se cubre y se nos oculta la naturaleza: te he visto varias veces errar al pie de los Apeninos: he observado tu tristeza, oido tus suspiros, y por último, he llegado á leer y penetrar lo que pasa en tu corazon. La elevacion de tu espíritu, y la pureza de tu alma han excitado mi admiracion y mi interes, y he resuelto libertarte de los peligros que te amenazan. Un alma tierna y apasionada, una imaginacion viva, y un corazon lleno de fuego no son medios muy eficaces para dirigir con acierto á la juventud y á la inexperiencia. Tu virtud y tu prudencia te bastarian para vencerte á tí misma; pero no

para resistir á las circunstancias. Atiéndeme Bianina: mira, y reconoce en este hermoso mancebo al mortal que ha de defenderte de todos los peligros y que debe ser tu libertador en medio de un mundo tan corrompido: en Florencia es en donde te esperan el amor y la felicidad."

Al decir estas palabras el anciano, preséntase á los ojos de Bianina un jóven, igual en hermosura al mismo Adonis, y de unas formas tan valientes y robustas como las de Marte; y cuyas gracias, la dulzura que estaba pintada en su sonrisa, y el amor en fin que parecia respirar en todas sus facciones, templaban tan agradablemente el ayre noble que le daba una estatura elevada, unos ojos negros y penetrantes, y la actitud respetuosa de su cabeza, que Bianina crèyó ver reunidos á un tiempo mismo ante sus ojos, todos los diferentes atractivos con que ella ha-

bia adornado la amable imágen que dias hacia dominaba ya en su corazon.

Las miradas del jóven desconocido, que se fixáron sobre Bianina para ver el efecto que su presencia producia sobre ella, parecian expresar á un tiempo la tristeza, la inquitud y el amor mas ardiente. En fin, enternecido y derramando algunas lágrimas de sus ojos, se echa á los pies de Bianina; la qual, maravillada de todo lo que acababa de ver, y conmovida sobre todo con los atractivos y gracias del desconocido, no se atreve ni á mirarle ni á alejarse de aquel sitio. Apodérase el jóven de una de sus manos, y anegándola con sus lágrimas, estampa sus labios en ella: retírala Bianina con precipitacion, dando un grito terrible, y todo desaparece en el mismo instante. Queda sumergida de nuevo en la obscuridad, y nada oye ya sino un pequeño ruido entre los árboles á al-

guna distancia. Asustada sobre manera y fuera de sí misma, teme no poder encontrar el camino en medio de aquella profunda obscuridad, quando de allí á un rato llega á sus oidos el ruido de muchas voces, distingue en seguida algunas luces, y reconoce en fin a Tolentino y á su padre que la andaban buscando mucho tiempo hacia. Vuela hácia ellos, y se echa toda llena de pavor en los brazos del conde, el qual la reprehende tiernamente por la inquietud que les habia hecho padecer. "Me horrorizaba, hija mia, añadió, al pensar podrias haber caido entre las manos de los vandidos que infestan estas montañas, y ya me habia decidido á salir á perseguirlos; pero á Dios gracias, ya te tengo entre mis brazos, y para no exponerme mas á semejantes temores, al instante vamos á volvernos á Florencia, en donde no hay ni vandidos ni selvas en que poderse perder."

CAPÍTULO II.

El amor virtuoso es la mas segura guarda de la inocencia. — Bayle de máscara. — Conversacion interrumpida. — Naufragio.

Una resolucion de esta naturaleza, no habia sido negocio de un momento, sino el resultado de una seria conversacion que Guillelmo habia tenido con Tolentino; y en la qual este último, habiéndole hecho en fin observar la edad de su hija, y la turbacion que se leia en su semblante, y que ya hacia algun tiempo descubria el estado de su alma, le habia probado sin que le costase mucho trabajo, que el retiro y la soledad eran para ella mil veces mas peligrosos aun que el trato del mundo, en

donde se podria fácilmente apartar ó dirigir á lo ménos la eleccion de su corazon. Pero ya no era tiempo, pues que esta eleccion que tanto temia Tolentino estaba ya hecha; así que, una secreta alegría se apoderó del alma de Bianina luego que oyó á su padre que determinaba volverse á Florencia, sitio en donde el anciano acababa de predecirla estaba esperándola el amor y la felicidad.

En efecto, al dia siguiente se pusiéron en camino para aquella gran ciudad, en la qual entró Bianina dividida entre el deseo y la esperanza; al paso que su padre, que veia destruida la parte mas esencial de su proyecto acerca de la educacion de su hija, y que era, como se ha dicho, el tenerla retirada del bullicio y corrupcion tan general que reynaba en Florencia, no pudo ménos de temblar al aspecto de los peligros que le presentaba lo por venir.

Era entónces Soderino tutor de los dos hermanos, Lorenzo y Julian de Medicis, jóvenes todavia. Esta poderosa y orgullosa familia dominaba á Florencia baxo el pretexto de patriotismo, y de una falsa indiferencia hácia los honores y los empleos. El senado, presidido por un Gonfaloniero (3), daba las leyes, arreglaba los negocios del estado, y decidia de la paz ó de la guerra; pero todas sus resoluciones se discutian, preparaban ó suspendian ántes en el gabinete de los Medicis (4). Soderino, amigo de la paz y de todos los medios de conciliacion, procuraba honrar su tutela con una conducta justa, moderada, y exênta de todo espíritu de partido. Conseguido que habia la paz y tranquilidad exterior, aunque fuese á costa de algunos sacrificios, hacia todo lo imaginable por mantenerla en lo interior, ya fuese reuniendo entre sí á las diversas facciones que á la sazon habia en

Florencia, ya manejándolas con arte, y condescendiendo con ellas quando así lo pedia el bien público (5).

Los Bonelli eran mucho tiempo hacia los enemigos mas activos y que mas se hacian temer de los Medicis: descendian de la numerosa y antigua familia de los Braccio, que se dividia en muchas ramas, todas poderosísimas, y que sobre todo habian resistido con feliz éxîto á Pedro de Medicis. Queriendo Soderino atraer esta casa al partido de sus pupilos, hizo todo lo imaginable para que los afectos á los Medicis nombrasen á Guillelmo Bonelli, que era entónces el principal de la familia, gran Gonfaloniero de la república. Verificóse su instalacion en este empleo poco tiempo despues, la qual se celebró con mil fiestas de toda especie: los plebeyos y los nobles empleáron á porfia la mayor magnificencia para deslumbrar los ojos

del pueblo, y para testificar al mismo tiempo el contento que les causaba una eleccion tan acertada. Penetrado de las pruebas de estimacion de sus conciudadanos, aceptó Bonelli este empleo, manifestando su reconocimiento: y se adquirió tanto mas la estimacion pública, quanto ménos diligencias habia hecho para captarla.

Entre tanto, como esta nueva dignidad le obligaba á tener siempre abierto su palacio para la nobleza Florentina, no se pasó mucho tiempo sin que su hija fuese el objeto de la comun curiosidad, llevándose la atencion, y aun ganando los corazones de todos los que la miraban. Sus atractivos atraxéron á su palacio lo mas florido de la juventud, y su gran talento, su bondad y su noble modestia diéron bien pronto á conocer su distinguido mérito, y lo digna que era de estimacion. Procuraban servirla todos á porfia, obser-

vando al mismo tiempo sus miradas, sus acciones, y dando la mayor importancia hasta á la mas mínima palabra que salia de su boca; mas á pesar de esto, el jóven mas osado no se atrevia á olvidarse en su presencia del respeto que se la debia, y aun la muger mas corrompida é inmoral se avergonzaba, ó por lo ménos se contenia delante de ella; tanto es el imperio que tiene la virtud y la inocencia hasta sobre el vicio mismo.

¡Quán dulce y puro es el triunfo que consigue la hermosura ó el poder á un precio semejante! ¡y quánta diferencia hay entre este tributo de estimacion, y entre los rendimientos vergonzosos é infames que prodiga la insolencia, y que le concede la ociosidad, la moda, y mas frecuentemente el desprecio!

Amada de todos; pero respetada, y siempre pronta á apro-

vecharse del predominio y superioridad de que gozaba para defender á la virtud intimidada, y contener al vicio atrevido, llegó á ser el modelo de las jóvenes de Florencia, y el ídolo del público, así como lo era ya de su familia. Pero en tanto que sus bellas qualidades causaban la felicidad de su padre, ella misma gemia interiormente, al ver que siempre quedaba frustrada y engañada su mas dulce esperanza. En vano dirigia sus miradas atentas hácia los jóvenes que asistian á su palacio, para descubrir á aquel cuya imágen estaba grabada con caractéres de fuego en su alma; y en vano procuraba su corazon salirle al encuentro; pues que aun no habia podido descubrirle. Imaginábase algunas veces que todo lo que ella habia creido ver en el valle de Bagno, no era mas que el efecto de su imaginacion exâltada, ó bien de qualquier potencia ene-

miga de su reposo; pero el instante despues ya se persuadia al contrario, que quando ménos lo pensase conduciria á sus pies, el mismo anciano que se la habia aparecido en el valle, á su amable desconocido: una especie de delirio se apoderaba de ella á este tiempo, del qual no volvia sino para derramar mil lágrimas, reconociendo su error.

Tiene sobre nosotros la imaginacion mil veces mas imperio que la realidad: ella es la que causa nuestras penas y nuestros placeres; y en fin, ella es la que da orígen y alimenta nuestras pasiones, sobre todo la del amor: así es, que la ternura de Bianina hácia su desconocido, aquella ternura que su imaginacion sola habia creado, y que esta misma imaginacion sola alimentaba aun, era mas viva, y tenia mas poder que sino hubiera habido ningun obstáculo ni misterio que le hubie-

sen ocultado su querido objeto.

En este entre tanto, llegó en fin Bonelli á leer en los ojos abatidos de su hija, en sus mexillas sin color, y en la tristeza que la consumia, las señales ciertas de una pasion desgraciada. Dividido entre su amor, que le estimulaba á aliviar los males de su hija, y entre su delicadez que le prohibia penetrar un misterio que ella parecia querer ocultar, padecia en su interior tanto como Bianina; y solo despues de haber sufrido mil dolorosos combates, relativos á lo que debia hacer en este caso, pudo determinarse á tomar la resolucion de esperar del tiempo y de las circunstancias el descubrimiento de un secreto quc á él le parecia ser una tiranía quererle saber y penetrar contra la voluntad de su hija.

A este tiempo, un bayle de máscara que dió á lós Medicis, con motivo de su vuelta de un viage

que habian hecho por la Italia, presentándole un pretexto para reunir á un tiempo en su palacio toda la juventud de Florencia mas florida, amable, y de mayor consideracion por el nacimiento y las riquezas, imaginó que ninguna ocasion podria serle mas favorable para descubrir lo que tanto deseaba. Nada hubo en consecuencia que no se hiciese para que esta funcion fuese tan agradable como magnífica: los placeres de toda especie fuéron prodigados en aquella ocasion; y la alegría y regocijos que sucediéron al bayle, al juego, y á toda clase de diversiones, los epígramas que volaban durante toda la funcion de boca en boca, en las salas destinadas á á las máscaras; y en fin, las intrigas que allí se formáron ó se rompiéron, manifestáron desde luego que no se habia visto en Florencia ninguna reunion ni convite tan magnífico y brillante.

Desde el punto en que se comenzó el baile, no perdió el conde de vista á su hija ni un solo momento: seguia todos sus pasos, cubierto de un sencillo domino, y expiaba con atencion cada una de sus miradas. Por largo tiempo la estuvo viendo andar sin fin ninguno, y con un ayre de indiferencia, por en medio de los grupos de máscaras, conociéndose claramente que lo hacia mas bien para divertir entre ellos su melancolía, que para participar de la alegría general. Sus miradas se dirigian por intervalos hácia el tropel de la gente, con una especie de viveza; pero no se detenian en ninguna parte, viniendo al fin á fixarlas en tierra con un ayre triste y taciturno, como si un objeto distante hubiese ocupado su alma toda entera. Bien pronto conoció Guillelmo que este nuevo medio de que se habia servido no podria darle mas luces acerca de

lo que deseaba saber, que las que le habian dado sus precedentes observaciones.

Hácia el fin de la noche, quando el bayle comenzaba ya á ir afloxando, y á calmarse la alegría general, se presentó de repente en medio del salon una nueva quadrilla de máscaras, vestidos á la griega, y conduciendo en medio de ellos al dios del vino, pronunciando en alta voz, al modo de las bacantes, los nombres de Baco y de Evoe. La hermosura de sus trages, la riqueza de sus coronas, los tirsos ó varas entretexidas de pámpanos y yedra, y todos los demas atributos, atraxéron al principio las miradas de los concurrentes; pero las máscaras que habia en el baile dudáron por algun tiempo el mezclarse é introducirse en sus juegos; habiendo enseñado la experiencia á los italianos á temer los puñales, ocultos en semejantes ocasiones, aun en-

tre las mismas flores. Sin embargo, habiéndose dispersado la nueva quadrilla entre la demas gente, y reconociendo cada uno poco á pocò á sus amigos, comenzó á renacer la confianza; y ya no se dudó de que esta quadrilla de máscaras habia sido formada y conducida por Julian de Medicis.

Dirigiéronse maquinalmente las miradas de Bianina hácia el dios del vino y hácia su comitiva; pero ¡quál fué su admiracion al ver entre ellos á dos jóvenes griegos; cuya estatura, formas, ayre, y hasta los cabellos mismos, le representaban exâctamente la imágen de su querido desconocido! Estuvo en poco el que diese un grito de sorpresa, y quasi de alegría; pero un sentimiento inexplicable de temor y de esperanza, de placer y de tristeza, se apoderó á este tiempo de su corazon; y temblando, sin poder alcanzar la razon de ello, se apresuró á introducirse y meterse

entre la gente, para ocultar su turbacion á los que la rodeaban, y para substraerse á sus propias reflexîones, si era posible.

A pesar de todo su cuidado, no pudo sin embargo escapar á las miradas del que representaba al dios del vino; el qual, habiéndose acercado á ella seguido de los dos jóvenes griegos, cuya vista la habia conmovido tan fuertemente, la dixo mil chanzas y graciosidades, que apoyaba uno de sus compañeros, al paso que el otro con su silencio parecia desaprobar al contrario la viveza y poca formalidad de este acometimiento. Al principio supo Bemina contenerle con algunas palabras llenas de espíritu y de dignidad, y consiguió en fin imponerle silencio con un epígrama delicado que acabó de desconcertarle, haciendo reir á su costa á toda la compañía, sin exceptuar sus mismos compañeros.

Alejóse en seguida Bianina de aquel sitio, descontenta de todos, descontenta de sí misma, y atormentada principalmente hasta el punto de verter algunas lágrimas, por el temor de que el hombre que se habia apoderado de su alma, y en el que ella habia cifrado toda su esperanza de felicidad, no fuese miembro de una compañía, cuyos principios y costumbres despreciaba altamente, y detestaba hasta el extremo. Perseguida de esta idea, se salió de las salas del bayle, y baxándose á los jardines, se emboscó en lo mas espeso de ellos: deseando huir del tropel de gente de que estaban llenos, se retiró á un bosquecillo bastante apartado; pero apénas se habia sentado en un sitio, el mas oculto que allí habia, quando se vió interrumpida de repente en sus reflexîones por uno de los dos jóvenes griegos; el qual, acercándose á ella con un ayre lleno de

ternura, la dixo en voz baxa.

"Amable Bonelli, ¿por quién son estos suspiros, por quién estas lágrimas que os veo derramar......? ¿quién podrá afligir un corazon que no ha formado la naturaleza sino para causar las mas tiernas y halagüeñas conmociones......? perdonad el interes que me tomo en vuestro favor, perdonad la pasion que me impele á querer penetrar vuestros secretos; tal vez estará en mi mano el aliviar vuestro dolor, y el llegar á ser algun dia vuestro libertador en medio de este mundo tan corrompido."

Estas últimas palabras, las mismas que habia oido Bianina al anciano de los Apeninos, las pronunció en un tono que manifestaba haberlas dicho contra su voluntad; y echándose en seguida á los pies de la jóven Bonelli, tomó una de sus manos, la estrechó entre las suyas, diciéndole al mis-

mo tiempo todo lo que puede inspirar el amor mas tierno.

La confusion é incertitud de Bianina eran en extremo grandes. La semejanza que ella creia notar entre este jóven y su desconocido, tanto en sus actitudes como en el todo de su persona, y principalmente aquellas palabras misteriosas, pronunciadas con la voz mas expresiva, todo ello parecia que debia contribuir para convencerla enteramente; y sin embargo sentia dentro de sí una especie de temor, de desconfianza, y un movimiento involuntario é inexplicable que la estimulaban á que se apartase, y alejase de aquel desconocido. Pero viniendo á su socorro aquella presencia de espíritu, que por lo regular no abandona jamas á las mugeres, retiró su mano de entre las suyas, y le dixo con aquella sonrisa, y aquel ayre de alegría que permite concebir alguna esperanza, sin

prometer nada: "Ya no estamos, gallarda máscara, en el tiempo en que las damas aceptaban las ofertas de los caballeros, fiadas en su buena presencia, y en la fama de sus hazañas, sin exîgir de ellos, ni aun que se baxasen la visera. Quitaos vuestra máscara, seguidme á un sitio en donde haya mas luz, y puede ser tal vez que entónces......"

"O cielo! exclamó el desconocido interrumpiéndola: lo que pedís, hermosa Bonelli, es un imposible...... exîgid de mí todo lo que querais, que estoy pronto á obedeceros; pero no pretendais arrancarme mi secreto."

"Me guardaré muy bien de ello, respondió Bianina con un ayre irónico, y en ademan de quererse apartar de él: hay objetos que no pueden ménos de perder, quando se los mira á una luz clara."

"En nombre de lo que mas quereis, exclamó el desconocido pro-

curando detenerla, os suplico que os detengais aun un instante; pues que vuestro desprecio seria para mí mas terrible que la misma muerte. En fin, hermosa Bianina, ya vais á conocerme, ya vais á oir la historia de una pasion que absorve toda mi exîstencia, que consume mi juventud, y que excitará á lo ménos vuestra piedad, en caso que no pueda obtener alguna correspondencia. Yo soy Julian de Medicis, y mi imágen fué la que visteis en los bosques de Bagno."

Dichas estas palabras se quitó la mascarilla; pero júzguese quál seria la turbacion y dolor de Bianina al ver que no reconocia en aquel semblante el del amable jóven que poseia toda su ternura. Sin embargo, interpretando Medicis en su favor la turbacion que la agitaba, continuó en estos términos:

"Ya conoceis el odio hereditario que divide nuestras dos ca-

sas muchos siglos hace: jamas este odio entró en mi corazon; pero mi hermano Lorenzo ha encontrado en él un aliciente mas para su adversion y desapego á los hombres: habiendo venido hasta Florencia la fama de vuestra hermosura, ambos á dos concebimos el deseo de veros, á fin de juzgar por nosotros mismos si la voz pública exâgeraba vuestros atractivos y vuestras virtudes. Hice mil vanos esfuerzos para empeñar á mi hermano á que se presentase abiertamente conmigo en el castillo del conde Bonelli; pero todo fué inútil: vencido en fin por su obstinacion, y no conociendo por otra parte todos sus proyectos, vine á consentir en acompañarle, baxo un cierto disfraz, al valle de Bagno. Nos introdugimos pues al través de los bosques y las rocas, y observandoos muchas veces en vuestros paseos solitarios, vimos que la voz pública, léjos de ha-

bernos engañado, no habia llegado ni aun á decir la verdad. Nos fué imposible resistir á tantos encantos y atractivos; así que nuestros corazones quedáron inflamados aun mismo tiempo; pero nuestro amor fué diverso, así como lo son nuestros caractéres. Lorenzo...... ¡por qué he de verme en la precision de acusar á un hermano......! Lorenzo en fin, no pensando en mas que en satisfacer su gusto, formó un plan que, digno en todo de su alma, reunia aun tiempo las pasiones mas opuestas. El odio en él alimentaba el amor, y el mismo amor aumentaba su odio: poseeros y perderos en seguida, tal era su doble deseo. Se señaló el dia en que se os debia arrebatar de la compañia de vuestro padre; y como los preparativos para ello causaban alguna detencion, resolví aprovecharme de ella para libertaros si era posible; pero baxo

un nombre supuesto, á fin de corresponder como debia con un hermano."

"Un dia que entretenido profundamente en meditar en mis proyectos andaba yo errante y sin direccion determinada por la falda de los Apeninos, á lo largo de un sendero que se perdia en medio de las rocas, de las ruinas, y de las malezas, ví muchos hombres que de repente se presentáron delante de mí, sin que nada me hubiese dado indicio de su llegada; y cuyo número iba creciendo cada vez mas, en términos que bien pronto me hallé rodeado de ellos por todas partes.....

En el mismo momento en que Julian pronunciaba estas últimas palabras, fué interrumpido repentinamente por una luz súbita, y por una voz amenazadora que le dixo: "Detente Medicis...... ya lo sabes...... el juramento es una

cosa sagrada, y el puñal está siempre suspendido en la mano de los Sibaritas."

Aturdido y asombrado Julian, como si hubiera caido un rayo encima de él, no tuvo fuerza para detener á Bianina, que asustada y fuera de sí, se precipitó fuera del bosquecillo en donde se hallaban, y no se detuvo hasta haber penetrado en las salas, y hasta hallarse en medio de la gente que estaba baylando. Toda temblando aun, apénas se podia tener en pie, y tal vez hubiera caido desfallecida al suelo, si en el mismo instante un jóven máscara, no se hubiera acercado á ella apresuradamente, y le hubiera presentado un asiento.

"Estais toda conmovida, la dixo, con voz dulce y expresiva, pero volved en vos, que lo que ha causado vuestro miedo y espanto, no es quizá tan terrible como os lo figurais."

Llenó de asombro esta frase á Bianina; la qual, echando una mirada sobre el que la habia pronunciado, reconoció en él, con una nueva sorpresa, al jóven griego que parecia ser la imágen de Julian, ó mas bien la de su bien amado. Quiso alejarse de él al principio; pero retenida, como á pesar suyo, por su modestia, su dulzura, el encanto de su voz, de sus miradas, y por un sentimiento interior imposible para ella de definir, se mantuvo á su lado, y le escuchó con interes. Despues de haberla dado pruebas de que conocia la causa de su turbacion, la suplicó tuviese la bondad de baxar con él á dar un paseo en los jardines, prometiendo descubrirla en pocas palabras secretos que bastarian para calmar su agitacion. Consintió en ello Bianina, pero apénas habian llegado á las galerias exteriores, quando se viéron rodeados de un tro-

pel de máscaras que se dirigian hácia el Arno (6), para embarcarse en él; las quales los separáron al uno del otro sin que Bianina pudiese volver á ver á su conductor. Llevada ella misma entre las máscaras hasta la orilla del agua, muchas de ellas, cogiéndola en medio, la obligáron á que entrase en una góndola, alrededor de la qual se colocáron bien pronto una infinidad de barcas de la misma especie, llenas de damas y caballeros.

Esta pequeña flota cubierta de gallardetes, y otros mil adornos, é iluminada como si fuese de dia con un sinnúmero de hachas que llevaban encendidas, ofrecia á la vista el espectáculo mas asombroso y magnífico: á cierta señal que se dió, se levantáron todos los remos á un mismo tiempo, y comenzáron á caminar por el rio adelante con el mayor órden, y con toda la celeridad imaginable.

Despues de haber hecho las góndolas varias evoluciones, á la señal de una trompeta que tocáron, se volviéron á un mismo tiempo todas las proas hácia tierra; pero en medio de los gritos y de los aplausos de los expectadores, no habiendo visto el piloto que conducia la góndola de Bianina una estaca gruesa que habia clavada en el fondo del rio, pero que salia por encima de la superficie del agua, y en la qual se solian amarrar los barcos, chocó contra ella con tal fuerza, que se hizo una ancha abertura en la parte inferior de la góndola. Llenóse de agua inmediatamente, yéndose á fondo ántes que pudiese recibir ningun socorro; y no pensando todos los que se hallaban en ella mas que en su propia seguridad, abandonáron á Bianina; la qual fué bien pronto arrastrada por la corriente.

Mas en tanto que los gondoleros se apresuraban á sacar á las

damas á la orilla, para ir al instante á socorrer á la jóven Bonelli, una máscara se precipita en medio de las ondas, nada con fuerza, logra alcanzarla, y la saca triunfante á la orilla. Vuelta á la vida Bianina, abre por un instante los ojos, reconoce á su libertador, aprieta suavemente su mano entre las suyas, y se vuelve á desmayar de nuevo. A este tiempo ya habian acudido sus doncellas y los criados de Guillelmo; los quales la conducen al palacio, y su libertador se pierde inmediatamente entre las demas máscaras, sin darse á conocer. Instruido el conde del peligro de que su hija acababa de ser libertada, vuela á su quarto, pónese de rodillas arrimado á la cama, y deshaciéndose en lágrimas, besa mil veces las manos de Bianina, y hace que se le den todos los socorros de que necesita el estado de abatimiento en que se halla. Algo tran-

quilizado con las caricias que su hija le hacia, y con las seguridades que se le daban de que este acontecimiento no podria tener ninguna mala consecuencia, piensa en fin en preguntar por el nombre del mortal generoso que se habia expuesto á perder su vida por conservar la de su hija. Respóndenle todos que ha sido Julian de Medicis, y el anciano, olvidando en medio de su entusiasmo el odio que profesa á esta casa, le llama el mas generoso y el mas magnánimo de todos los hombres, y jura mirarle de allí en adelante como á su propio libertador.

CAPÍTULO III.

Los Medicis. — Una cita. — Las márgenes del Arno. — Tristes presentimientos.

Gozaba Julian de Medicis de un aplauso que no habia merecido: horrorizado con la escena del bosque y con las amenazas del tribunal de los Sibaritas, cuyo poder conocia él perfectamente, andaba vagando todavia en los jardines entregado á sus reflexîones, en el mismo momento en que Bianina fué arrancada á una muerte cierta por un desconocido. No pudo ménos de llenarse de asombro al oir los aplausos y alabanzas que le daban todas las máscaras por su habilidad y su valor; pero instruido en fin de lo que acababa de suceder, creyó debia sacar par-

tido del silencio que guardaba el desconocido; así que, defendiéndose por entónces de haber sido él el que habia socorrido á Bianina, con todo el artificio y toda la finura de que era capaz, acabó con sus respuestas misteriosas y su sonrisa modesta, de confirmar á todo el mundo en una opinion que no se tardó mucho en hacerla creer al mismo conde Bonelli.

Bianina por su parte, habiendo creido reconocer en su libertador á uno de los jóvenes griegos, no dudó ya fuese Medicis, pues que todos lo aseguraban. Encantado Julian de este error en que todos estaban, esperó no obstante á que pasasen algunos dias ántes de declararse, con el intento de ver si se manifestaba y descubria el libertador de Bianina; pero no presentándose nadie, lleno de una modestia aparente, convino en que él habia sido el que se habia arrojado á la corrriente

del Arno para salvarla de aquel peligro, con cuyo medio se facilitó la entrada en el palacio de Bonelli, adonde fué recibido desde entónces como un amigo; y aun como un bienhechor de la casa.

Olvidando Guillelmo el odio que tenia á los Medicis, le trató de dia en dia con mas confianza, y resolvió aprovecharse de esta ocasion tan favorable que se presentaba, para reunir al fin en una las dos familias mas poderosas de Florencia. Julian por su parte, parecia confirmar esta esperanza por el respeto y miramientos que empleaba con Bonelli, y por el amor y pasion violenta que manifestaba á Bianina; y aun esta última comenzaba ya á sentir en sí propia se le iba disipando poco á poco aquel desapego que desde el principio le habia tenido. No era Julian á la verdad aquella imagen graciosa que

ella se habia creado en su fantasía, ni aquel ser encantador que ella habia visto en los bosques de Bagno; pero tenia á lo ménos alguna semejanza con él, pues que era ingenioso, amable, y sus modales eran dulces, tiernos y decentes; se imaginaba ella por otra parte deberle la vida, creyéndole ademas atormentado de una pasion violenta hácia ella; y la delicadez, la piedad, y el agradecimiento, reunidos á la vez, le inspiraban un sentimiento, que sin ser amor, tenia todas las señales de serlo.

Impaciente Medicis de que llegase el dia en que debia verse dueño de su víctima, redoblaba sus atenciones y sus artificios, y procuraba sobre todo, conociendo la noble alma de Bianina, rodearla de aduladores pagados por él, que la ponderasen continuamente su humanidad, sus virtudes, su grandeza de alma, y

todas las demas preciosas qualidades de que él sabia revestirse con el ayre mas pérfido. Ya se sabia en toda la ciudad su próxîma union con la hija de Bonelli, y todos se regocijaban de ello, mirando este acontecimiento como utilísimo al estado. No creia Guillelmo ser del caso destruir estas voces que corrian; así que, Julian gozaba ya de su triunfo, viendo el feliz éxîto que tenian sus intrigas y sus artificios.

Dividido su corazon enteramente entre dos pasiones, la ambicion y el deleyte, se hallaba siempre dispuesto á sacrificar á ellas la virtud, la inocencia, y todo quanto podia oponerse á sus deseos. Otros proyectos mas infames todavia se alimentaban á este tiempo en su alma: la pérdida de su hermano Lorenzo, que á la sazon era el ídolo y la esperanza de Florencia (7), y la ruina de la familia de los Bonelli, eran los medios que

tenia determinado emplear; y la esclavitud absoluta de la república, era el término ádonde se dirigian. Para asegurar mejor su éxîto, se unió secretamente con todos los enemigos de Braccio; de cuya familia, como ya hemos dicho, era una rama la de los Bonelli, y sobre todo con un tal Caponio, hombre pérfido, astuto, y que juntaba á una inmensa riqueza, tanta ambicion y maldad como habia en el jóven Medicis. Hubiera mirado Julian su alianza con los Bonelli como una infamia; pero enamorado de Bianina hasta el extremo, la idea de deshonrar á esta familia ántes de inmolarla, le proporcionaba un deleyte mas. Sin embargo, la precaucion que él habia tomado de hacer sospechoso con Bianina á su hermano, no le fué inútil; porque Lorenzo, que no participaba, ni de su amor, ni de su odio, sino que ántes al contrario, no habia podido negar su

estimacion á Bonelli, y su admiracion á su hija, ocupado sin cesar en prevenir y reparar las faltas de su hermano, habiendo hecho que se diesen algunos avisos á Bianina acerca de los peligros que la amenazaban, no logró con esto otra cosa que convencerla mas íntimamente de la sinceridad, virtud, y excesivo amor de Julian, y del odio que le profesaba su hermano Lorenzo.

Persuadido de que se acercaba el instante de su triunfo, creyó Julian poder en fin emprenderlo todo. Ya se habia determinado el dia para la celebracion de su casamiento con Bianina: una dulce confianza, un inocente abandono comenzaba ya á reynar entre ellos, y todo parecia favorecer sus designios. Ya hacia mucho tiempo que Bianina le instaba para que acabase de contarle la relacion de su viage y de sus aventuras en los Apeninos, relacion que se ha-

bia interrumpido de un modo tan extraño en el bosque, la noche del bayle de máscara; pero él se habia reusado siempre á satisfacerla, baxo el pretexto de los juramentos terribles que le obligaban al silencio, y del peligro á que se exponia si los quebrantaba. Como esta reserva de Julian no hacia mas que aumentar excesivamente la curiosidad de Bianina, se aprovechó esta de un momento en que le pareció verle mas apasionado que otras veces, para reiterar sus instancias con mas viveza y empeño. Diestro Julian en aprovecharse de la ocasion, la dió á entender que cedia, como á pesar suyo, á la fuerza de su amor; y tomando un tono de gravedad, y dando á sus palabras un ayre de importancia y de verdad, la dixo en voz baxa:

"Ya sabeis adorable Bianina que no está en mi mano el negaros nada de lo que me pedís; así que,

la misma muerte no podrá acobardarme ni presentarme obstáculo ninguno quando se trata de daros gusto; y solo lo que me espanta y hace detener es vuestro interes y seguridad. Una potencia invisible vela sobre nuestros pasos: los mismos árboles nos oyen, y hasta el viento parece recoge mis palabras. ¿Cómo pues me podré atrever á confiaros un secreto terrible y largo de referir, á ménos que no consintais en oirme á solas, y en un sitio en donde no tengamos nada que temer de nuestros enemigos? Baxo esta condicion, me ofrezco á venir esta noche á vuestro palacio, y á instruiros en unos misterios que os han atemorizado ya algunas veces. Espero no dudareis del respeto y de la fe de vuestro esposo."

Estuvo dudando algun tiempo Bianina si le concederia lo que exîgia de ella; pero un cierto orgullo que no la permitia descon-

fiar de sí propia, la curiosidad que tanto tiempo hacia la agitaba, una especie de temor que las palabras misteriosas de Julian acababan de excitar en ella, y sobre todo, la esperanza de adquirir algunas luces acerca del amable desconocido, que su nuevo amante no habia podido todavia desterrar de su memoria, y aun ménos de su corazon, la hiciéron decidirse á prometer á Medicis le recibiria en un pabellon del jardin, en donde podria escucharle sin testigos.

Exâcto en cumplir su cita se presenta Julian á la hora y en el sitio señalados; y en el instante en que llega ve que se abre una puerta secreta, y que le recibe una muger; la qual, despues de haberle hecho subir y baxar con precaucion muchas escaleras, y atravesar en seguida un sinnúmero de galerías, le introduce en fin en un salon alumbrado solo con una débil buxía, y se retira. Julian, que apénas

podia distinguir los objetos que le rodeaban, cree no obstante divisar á Bianina sentada sobre un canapé en el fondo del salon; y acercándose á ella con respeto, pronostica favorablemente acerca del éxîto de su empresa, luego que advirtió que tenia cubierta la cara con un velo, sin duda para ocultar su turbacion, y la vergüenza de su rostro.

"¿Puedo en fin, amable Bianina, la dixo con acento agitado, y lleno de esperanza, continuar sin peligro la relacion que tanto deseais oir?"

Hízole seña la jóven italiana para que se sentase, lo qual executado, continuó en estos términos:

"Pareciéndome sospechosos los hombres de que me veia rodeado en los Apeninos, eché inmediatamente mano á la espada para que ya que muriese, tomase á lo ménos alguna venganza; pero á este tiempo, el que parecia ser la ca-

beza de todos ellos, acercándose á mí, me dixo con un ayre de autoridad: "suspende tu inútil re»sistencia.... no es tu muerte la que »ahora queremos. ... tu persona es »necesaria para nuestros proyectos." Dominado como por una potencia sobrenatural, obedecí sin réplica, entregué mis armas, y me dexé tapar los ojos con un lienzo doblado algunas veces, que no me quitáron hasta despues de haberme hecho andar durante muchas horas por unos sitios húmedos y subterráneos. Luego que me destapáron los ojos me hallé en una grande y espaciosa rotunda, cuya vista la hacia aun mas horrorosa la pálida luz de una lampara que estaba colgada en el medio de la bóveda. Delante de mí se hallaba un féretro, al rededor del qual estaban sentados muchos hombres enmascarados, que segun se me advirtió debian ser mis jueces. El uno de ellos me hizo en se-

guida varias preguntas acerca de qual era mi nombre, mi edad, y acerca de todos los acontecimientos de mi vida. Era imposible disfrazar ú ocultarles la verdad, pues que ellos la sabian tan bien como yo mismo, y parecia que me praguntaban ménos por saber alguna cosa de mi boca, que por probarme. Habláron me en fin del amor que yo tenia á Bianina; é inspirándome vuestra idea un nuevo valor, resistí á todos los argumentos que me hiciéron, y desprecié todas las amenazas que empleáron para destruir una pasion que ellos desaprobaban y condenaban.

Irritados de mi atrevimiento y osadía, mandáron que se me cargase de cadenas de hierro, y la resistencia que hice fué tan viva y obstinada, que vine al fin á caer sin conocimiento á sus pies. Luego que volví en mí, me hallé echado en un féretro, y encer-

rado en un calabozo.

Una voz que oí á este tiempo me advirtió con grosero estilo y toscas palabras, que estaba yo destinado á morir allí de hambre irremisiblemente, sino consentia desde luego y sin repugnancia ninguna en renunciar á vuestro amor; y al enlace que entre nuestras dos casas estaba tratado; pero mas irritado aun con tanta crueldad, respondí constantemente, y con la mayor entereza é indignacion á esta pregunta, que se me repitió de hora en hora por espacio de tres dias, que siempre seria vuestro, y que no habia poder en el mundo capaz de destruir mi pasion.

En fin, llegó el momento en que me anunciáron que mi suerte estaba ya decidida, y ya no volví desde entónces á oir mas aquella desagradable y terrible voz. En efecto, no se pasáron muchas horas sin que sin-

tiese que todas mis fuerzas me iban abandonando; así que colocándome yo mismo en mi féretro, me encerré en él con la firme resolucion de esperar valerosamente la muerte que ya como tan segura miraba. Lo mucho que habia sufrido, y el horror y cansancio que se habian apoderado de todas mis facultades me obligáron á ir cerrando los ojos poco á poco, y no tardó mucho en apoderarse de mí un sueño que yo creí debia ser eterno, y el último de mi desgraciada exîstencia.“

“No sabré deciros, hermosa Bianina, el tiempo que me mantuve en aquel estado, y solo me acuerdo de que me dispertó un ruido que sentí cerca de mí: abrí los ojos, y me hallé en medio de una magnífica sala iluminada con muchas luces, y rodeado de una infinidad de hombres que

se movian con agitacion al rededor de mí. Presentáronme una bebida que tomé con ansia, no dudando que ella era la que debia poner término á mis desgracias; pero al cabo de algunos minutos sentí, al contrario, que mis fuerzas se reanimaban, y que mi vista se iba cada vez aclarando mas: dirigí mis miradas hácia los que andaban al rededor de mí, y conocí sin dificultad ninguna á muchos Florentines amigos y deudos mios, que me diéron con sus afectuosas caricias mil pruebas de su amistad y del interes que se tomaban en mi suerte. En fin, me descubriéron despues de haberme prodigado todos los socorros y auxîlios de que tanta necesidad tenia, el horrible misterio de esta escena; el qual se reducia, ¡quién tal podria imaginarse! á que mi mismo hermano Lorenzo, arrastrado por una pasion

la mas delincuente é inhumana me habia entregado y destinado á la muerte; pero los Sibaritas, indignados de tanta maldad, en lugar de continuar sirviéndole, como ciegamente habian hecho hasta aquel punto, habian determinado con consentimiento unánime de todos, el echarle para siempre de su compañía.“

“¡Que os deberé decir acerca de la alegría que me causó mi inesperada libertad, y de lo que me indignó la bárbara conducta de mi hermano! Llevado pues de las caricias de los Sibaritas, y del reconocimiento á los favores tan señalados que les debia, y tal vez tambien de la natural satisfaccion y contento que sentia en mi interior de haber escapado de las manos de la muerte, consentí desde luego en ocupar en su sociedad el sitio de mi hermano Lorenzo.

Una obediencia ciega, á toda prueba, un sacrificio y decision total hácia los intereses, odios y venganzas de la órden, aun quando todo esto debiese ser contra mi misma familia, fué lo que se exîgió de mí; baxo la fe de los juramentos mas terribles y mas sagrados, que exîgiéron de mí con mil clases de ceremonias en aquel mismo momento: prometiéndoseme en recompensa libertarme de un hermano que suponian serme odioso, mediante lo que acababan de decirme de él; y ademas me ofreciéron poneros á vos misma entre mis brazos, baxo la condicion de que renunciase para siempre á la idea de haceros mi esposa."

"Para cumplirme pues esta oferta, despues de haberse discurrido por mucho tiempo qué era lo que se deberia hacer, se eligió en-

tre todas las opiniones la que pareció mas conforme al logro del fin que todos se proponian; y fué el que se llevase á efecto la aparicion que tanto os intimidó en los bosques de Bagno. Luego que me diéron parte de este proyecto, no atreviéndome á manifestar mi oposicion á que se realizase, pedí á lo ménos se me concediese ser el encargado de la execucion de él; pero me lo negáron, desde luego, temiendo sin duda, alguna indiscrecion de mi amor y de mi franqueza; y se eligió para que hiciese mi papel á un jóven á quien ni entónces conocia, ni aun despues he podido descubrir su nombre ni familia, que se me parecia, segun me dixéron, en quanto á la estatura y ayre del cuerpo, de un modo el mas asombroso; al qual se le entregó una mascarilla, de aquellas mismas que los Si-

baritas tienen el arte de fabricar para sus ceremonias, y que representaba exâctamente todas mis facciones."

A este punto de su relacion llegaba Julian de Medicis, quando le pareció advertir que Bianina no podia ocultar una cierta turbacion que causaba en ella, segun él creia, la memoria y recuerdo de esta circunstancia tan interesante de su vida, pero deseoso de acabar su narracion, pues que con el fin de ella esperaba ponerle tambien á sus infames y viles proyectos, la continuó en estos términos:

"No ignoro que el hombre encargado de representar mi persona me ha engañado infamemente, y ha faltado á la confianza que los Sibaritas hiciéron de él; y que en lugar de servirse de la mascarilla que se le habia dado para este intento, y que co-

mo os llevo dicho, venia á ser un retrato mio el mas parecido, empleó, al contrario, todo el arte de que es capaz, para realzar sus propios atractivos, con la esperanza de hacer él mismo alguna impresion sobre vuestro corazon.

Por gran felicidad mia el cielo ó algun genio benéfico, inspiráron á Guillelmo la idea de volverse á Florencia, lo qual destruyó á lo ménos por algun tiempo los proyectos infames de mi hermano, los de los Sibaritas, y me permitió aspirar á la felicidad de llegar á ser vuestro esposo. Pero ah! demasiado bien conozco todos los medios, y todos los crímenes que se emplearán á porfia para armar á la misma naturaleza contra mí, y romper el suave nudo que nos une, ántes de que le hagan indisoluble los sagrados vínculos del matrimo-

nio. Son muchos los enemigos que nos rodean, y no hay duda en que tendrán una especial complacencia en destruir todo quanto emprendamos, y en acibarar todas nuestras dichas. Sí, Bianina amada: creed á mi sincero afecto. Desde el momento en que os declarasteis en mi favor la mayor parte de la juventud de las principales familias de Florencia, destacó todos los tiros de su refinada envidia contra mí, y desde luego se propuso hacer todo quanto estuviese en su mano, sin perdonar ni aun los medios mas viles y despreciables, para oponerse á que tuviese cumplimiento la felicidad tan apreciable de ser vuestro hasta la muerte.

Al acabar de pronunciar estas palabras Julian de Medicis, lleno de entusiasmo, tomó las manos de Bianina, las anegó en sus lágrimas, y á ella la hizo mil caricias,

que parecian producidas á un tiempo por el amor y el temor; y cediendo ella misma á tantas señales de ternura, léjos de oponerse á ellas, pareció participar de la misma turbacion y enagenamiento de que Julian de Medicis aparentaba estar poseido. No ignoraba este que el momento mas favorable para un amante temerario, es aquel en que el corazon de la muger que él ama, está penetrado de reconocimiento, y lleno de tristeza y de melancolía, á causa de que entónces da entrada á un tropel de sensaciones agradables, que sin ser el delyte mismo, esparcen en todos los sentidos una especie de delirio que prepara á él.

Hábil en distinguir este momento decisivo, creyó haberle alcanzado ya; y pareciendo no ceder mas que á la fuerza de su dolor y de su inquietud, ocultó su rostro

en el seno de Bianina, mezcló sus lágrimas con las que corrian por sus mexillas, sus suspiros con los que salian de su agitado pecho, y encontrando en fin, como por casualidad, sus labios entre abiertos, y apagándose de repente la luz que los alumbraba, el olvido de todo quanto exîstia, y de ellos mismos terminó esta escena, urdida con el arte mas pérfido.

Orgulloso en extremo de haber infestado con su pestífero aliento, la virtud mas pura, exclamó Medicis con un ayre de triunfo:

"En fin, ya estás en mí poder......! ya eres mia, ¡oh la mas peligrosa de todas la mugeres......!"

"Sí, para siempre:" le respondió una voz, desconocida de él, y en el mismo instante, con la mayor sorpresa suya, se descorre una gran cortina, la pieza

se ilumina con mil luces, y él se halla en su propio palacio rodeado de los gefes de los Sibaritas, y estrechado entre los brazos de Bianchini. Enagenado Julian de despecho y rabia, se arranca de entre los brazos de esta muger, amenazando á un mismo tiempo á su antigua dama, y aun á los terribles jueces de la órden que tenia delante.

"Jóven inconsiderado, le dice el gefe de los Sibaritas con una voz terrible y amenazadora, aprende á reprimir tus deseos, y á obedecer á lo que te se tiene mandado, baxo el sagrado juramento, y de las mas rigorosas penas..... mira no sea que quando quieras enmendar tus faltas y desaciertos no tengas ya tiempo para ello. Bianchini es tu esposa ya hace largo tiempo, en virtud de las leyes de la naturaleza, y de las de tu pais, que nosotros hare-

mos sean valederas..... nadie se halla mas enterado de esta verdad que tú mismo......"

Furioso en extremo al oir estas palabras, que tanto le penetran hasta el corazon, tira Medicis de un agudo puñal, y arrojándose lleno de furor hácia Bianchini exclama en estos términos. "Está bien...... conviértase su lecho nupcial en su sepulcro, en este propio momento, pues que así lo quiere ella, y pues que así lo determinais vosotros."

Pero echándose sobre él los Sibaritas, le detienen y le desarman en el instante mismo. "Escucha, inconsiderado Medicis, le dice el anciano, que ántes le habia hablado: ya sabes que el poder de tu casa es de ninguna entidad puesto en comparacion con el nuestro..... sepa Florencia al instante que Bianchini es tu esposa...... condúcela al

pie del altar...... repara los agravios que has hecho á una de nuestras *hermanas*, y no te olvides jamas de que nuestro brazo está suspendido sobre tu cabeza, que tu suerte se halla enteramente en nuestras manos; y en fin, que cada una de tus acciones, y cada uno de tus pasos, se escriben diariamente sobre nuestro libro de hierro.

Concluidas estas palabras el anciano, levanta la mano derecha armada de un puñal, le enseña con la otra la copa de la órden, mas terrible aun, y se aleja lentamente de aquel sitio, seguido de sus *hermanos*, por una puerta secreta, desconocida al mismo Medicis, y á todos los que vivian en su palacio, sin exceptuar los criados mas antiguos que aun quedaban de en tiempo de sus antepasados.

Asombrado en extremo de todo lo que habia visto, y so-

bre todo aterrorizado con lo que acababa de oir, quedó por un instante Julian de Medicis inmóvil en el mismo sitio en que le habian dexado. A este tiempo Bianchini se echa á sus pies, y le ruega encarecidamente en nombre del amor que él solo ha encendido en su corazon tierno, y sobre todo en nombre del ser inocente que tiene en sus entrañas, no desprecie ni desconozca la voz de la ternura y de la naturaleza: las caricias de la desgraciada Bianchini, le dice sollozando, ¿son acaso ménos tiernas y ménos expresivas porque no tienen el encanto de la novedad? ¿he perdido ya todos aquellos atractivos que me constituian el único objeto de tu amor? no, Julian mio! no hay en el mundo muger ninguna que pueda amarte con el exceso que yo te amo: mi exîstencia toda entera está ci-

frada en este amor; bien lo sabes: tu adorada presencia, tus caricias y tu afecto son los únicos bienes que hay en el mundo para mí, y los que me pueden hacer mirar con algun aprecio mi desgraciada exîstencia. Y qué, ¿podrás tener aun la crueldad de despreciar mi amor, y la inhumanidad de despedazar un corazon, en el qual vives tú mas que yo misma?"

Un profundo suspiro se escapa á este tiempo del pecho de Medicis: la desgraciada Bianchini le interpreta en su favor, y hace nuevos esfuerzos para enternecer á su pérfido amante; pero lo que ella tomaba por una señal de ternura, no era mas que el pesar de haber perdido á Bianina, y un movimiento de furor que le arrancaba la vergüenza de haberse visto engañado por aquellos mismos de quienes él esperaba ha-

cer el instrumento de sus infames proyectos.

En el entretanto, para ocultar en algun modo sus perversos artificios, procuró Julian tranquilizarla con algunas palabras tiernas, y haciéndola algunas promesas, que ella se esforzó á creer como sinceras á pesar del conocimiento que tenia de su falsedad, voló en seguida al palacio de Guillelmo, sin embargo de que la noche estaba ya muy abanzada, á fin de saber si sus enemigos se habian aprovechado de su ausencia para perderle.

Confiado no obstante en el gran poder que tenia, y ademas en los recursos de su imaginacion, se lisongeaba poderlo componer todo, si los Sibaritas no habian tenido aun la maña de descubrir á Bonelli todas sus intrigas; pero júzguese quál seria su asombro, quando llegado que hubo al palacio del

conde, le dixéron que este habia partido aquella misma noche con su hija para el valle de Bagno. Sucediendo bien pronto á la sorpresa que esta novedad le habia causado, el furor y la rabia mas extremados, juró tomar una venganza terrible de los Bonelli, de los Sibaritas, de Bianchini, de todos sus pérfidos confidentes; y sobre todo del traydor Capponio, que él habia creido ser su amigo y aun su esclavo; pero que ahora ya reconocia por el gefe y principal actor de la sociedad poderosa de que al presente era él la víctima.

Sin embargo, esta terrible noche no habia sido ménos funesta para la familia de Bonelli.

Apénas se habia apartado Julian de Bianina quando arrepintiéndose esta de la palabra que acababa de darle, de verse con él en secreto aquella noche, y convencida de a-

quel principio, por desgracia demasiado olvidado, de que no basta á una muger virtuosa el ser inocente, sino que es preciso tambien el que lo parezca, mandó al instante que llamasen á Medicis, ántes de que saliese del palacio; pero el ligero combate de que habia estado ocupada su alma ántes de que tomase esta resolucion, dió el tiempo suficiente para que Julian se alejase del palacio. Inquieta en extremo, descontenta de sí misma, y sin saber quasi lo que se hacia, baxó á los jardines del palacio, y se acercó haciendo mil reflexîones á las orillas del Arno; cuya vista acabó de sumergirla en aquella especie de meditacion, aun tiempo vaga y profunda que inspiran á todo ser sensible el aspecto y el ruido de las olas; las quales, unas veces tranquilas y otras agitadas, unas veces estrellándose contra los escollos, y otras sos-

tenidas por un lecho de flores ó de céspedes, ofrecen la imágen maravillosa de la vida del hombre, de sus tormentos, de sus placeres, y de sus penas.

El desgraciado sobre todo, colocado á las márgenes de un rio, inmóvil, y con los ojos clavados en las olas, encuentra en ellas un recuerdo de sus mas tristes y dolorosas memorias: cree ver el tiempo presente pasar con rapidez por delante de él; y sigue, por decirlo así, contemplando sobre las olas fugitivas, aquel tiempo futuro que le amenaza; hasta que la corriente, que todo se lo lleva consigo, se escapa á sus miradas, y la ve terminarse en el horizonte. Su vista entónces se eleva naturalmente hácia el cielo, que es el límite adonde se terminan las ondas, y bien pronto se comunican á su alma la tranquilidad y pureza que reynan en él. La

esperanza va entrando por grados en su corazon, y el mundo, sus alternativas y vicisitudes, sus vicios, y aun todos los bienes y placeres que él proporciona, desaparecen en un momento: una luz celeste brilla y resplandece en sus ojos: la imágen de lo mas perfecto y de lo mas justo le enagena y arrebata: conoce en fin que su corazon está formado para la virtud, y se persuade de que esta es el único medio para conseguir la felicidad eterna.

Llevada de este cúmulo de ideas, ó mas bien de esta progresion de sensaciones, desapareciéron del corazon de Bianina todas sus penas y todos sus sobresaltos, y tuviéron entrada en él las mas profundas meditaciones, y el sentimiento interior de la dignidad de su ser; al qual acababa de elevarse su alma con la

contemplacion de la virtud.

Preséntase sobre el rio de repente una góndola, que caminando con toda rapidez, atrae las miradas de Bianina y la saca de la especie de enagenamiento en que se hallaba: un hermoso mancebo viene dentro de ella gobernándola, un mancebo hermoso como el amor, ó mas bien como la imágen idolatrada que ella tiene grabada en lo mas profundo de su corazon. Acércase en fin á la orilla, en la qual clava sus ojos soltando al mismo tiempo los remos que sus nerbudos brazos movian con fuerza y vigor, un poco ántes.

En el entretanto su barca toca á tierra, y él se precipita hácia donde se halla Bianina; la qual asustada de esta aparicion repentina, quisiera huir; pero un temblor involuntario se apodera de ella, un fuego secre-

to, y cuya naturaleza le es enteramente desconocida corre por todas sus venas, y por último baxa los ojos y queda inmóvil y sin poder dar un paso siquiera; tan poderosa es la agitacion que la turba y suspende en este momento.

"O hermosa Bianina! la dice á este tiempo aquel jóven con un tono de voz que llega hasta el fondo de su alma, ¿por qué apartais de mí vuestras miradas? Ah! mi corazon se marchita como la flor á quien cubren las tristes y densas sombras de la noche, quando se halla separado de vos. Pero qué! aun huis de mí!" Y echándose en seguida á sus pies, exclama con voz dolorosa, "no, no teneis nada que temer, adorada Bianina; ántes se despedazará mi corazon, y terminará mi débil exîstencia el veneno que me devora, que yo me atreva á profanar vuestra virtud y candor, ni aun

con el mas leve suspiro, ni á turbar vuestra felicidad y tranquilidad de que gozais; pero quiero preservaros y libertaros constantemente si es posible de los males y peligros que os rodean; pues que así me lo prescribe y manda mi ternura y la humanidad."

A estas últimas palabras no pudo ménos de extremecerse Bianina; pero ya no era tiempo de huir de aquel sitio aunque quisiera.

"Quién sois vos? preguntó al jóven desconocido con una voz trémula: quien sois pues, ser misterioso, cuyos socorros, asistencia y cuidados me siguen por todas partes, y cuya imágen......?" Detúvose aquí como pesarosa de haberse explicado tanto: hízole seña para que se levantase, y dirigiendo á él sus miradas á tiempo que el desconocido tenia clavados los ojos en ella, quedó

como fuera de sí, y su semblante cubierto del color de la modestia y del rubor; prendas una y otro apreciabilísimas é inseparables de la inocencia.

"Yo soy, respondió el jóven desconocido con el mismo entusiasmo que ántes, un desgraciado que no vive sino en vos, que no conoce otra cosa en el universo mas que su amor, que se gloría y hace vanidad de vuestros atractivos y virtudes, como si fuesen los suyos propios; y en fin, que se atreve á tomaros por modelo y á formar su alma á imitacion de la vuestra."

Al pronunciar estas palabras se veia brillar en sus ojos el amor mas puro y la virtud mas acendrada. Los corazones de estos dos amantes parecian estar animados de un mismo movimiento; y sus almas gozaban de aquella satisfaccion que solo le es permitida al amor quan-

do está acompañado de la virtud y de unos sentimientos inocentes. Estrechando, pues, la mano de la tímida Bianina entre las suyas, comenzó el jóven desconocido á instruirla en quanto sabia de las tramas y maquinaciones que se habian formado contra ella.

Toda la estimacion y todo el amor que él habia inspirado en el corazon de Bianina, se necesitó para que esta pudiese dar crédito á lo que la referia; lo qual se reducia á hacerle una fiel pintura de las maldades y perversa conducta de Julian, y sobre todo de los artificios de que se habia servido este jóven corrompido para seducirla, acabando de convencerla con una carta que puso en sus manos, escrita por el mismo Medicis, en la que daba cuenta á su amigo Caponio de sus proyectos, de sus esperanzas, y del partido que ha-

bia ya sacado de la necedad del desconocido que habia desaparecido, decia él, despues de haber salvado la vida de Bianina.

No quiso esta última leer mas de la carta; pues que ya quedaban aclaradas todas sus dudas: viendo pues que en el ser que tanto habia adorado aun sin conocerle, encontraba su verdadero libertador, echándole los brazos al cuello, le dixo con el dulce tono del agradecimiento: " ¿cómo os deberé llamar de hoy en adelante? ¡ó generoso jóven! ¿con qué podré yo pagaros el que hayais expuesto vuestra vida por conservar la mia? y qué, ¿no podrá la ternura descorrer el velo misterioso que cubre todas vuestras acciones y á vos mismo?"

"No, amada Bianina, no: aun no ha llegado el tiempo en que podais saber quien yo soy: me perderia sin remedio ninguno; y lo

que es aun peor, os perderia á vos misma, amado dueño mio: una mano poderosa, un destino cruel, y un deber mas cruel aun, cargan sobre mí al presente y me tienen sujeto: tal vez sin este motivo nos estan aguardando una infinidad de desgracias, y mil maquinaciones y tramas nos amenazan sin duda: descubrirlas y preservaros de ellas será mi único y mas atento cuidado: ya os he hecho ver qual era el lazo que se os tenia armado, y en el que ibais á caer irremisiblemente: yo sé que hoy mismo..... esta noche tal vez, otras nuevas traiciones, otras nuevas asechanzas.....! mas ah, no me ha sido posible saber ni descubrir otra cosa."

Dichas estas palabras se mantuvo suspenso un largo rato. Mil dolorosos pensamientos y funestas memorias pareciéron venir á acometer su alma á este mismo tiem-

po: inclina la cabeza sobre el pecho en acto de meditar profundamente, sus ojos tristes y melancólicos se fixan en tierra, y mantiénese en este estado algunos momentos, hasta que en fin, como si se hallase enagenado de una idea terrible ocurrida á su imaginacion en aquel mismo instante exclamó: "á Dios, amada Bianina, á Dios: ya es preciso que nos separemos, idolatrado dueño, pues que no hago mas que perder á vuestro lado un tiempo que puedo emplear en serviros; y tal vez en salvaros. Quizá se pasará mucho tiempo ántes que yo os vuelva á ver: no habrá medios, intrigas ni crímenes que no se empleen para romper los lazos tan sagrados que nos unen; pero, ó adorada prenda! si vuestro corazon se mantiene fiel al amor, y si se liberta de las asechanzas é ilusiones que con el mayor

arte y maldad le presentarán nuestros enemigos sin cesar, llegará, sí, amada Bianina, llegará el dia de nuestra comun felicidad. Los malvados, no hay duda, tienen una exîstencia muy pasagera, y el cielo hace que siempre triunfe de ellos la virtud y la inocencia."

Pronunciado que hubo el jóven desconocido estas palabras, llenos sus ojos del fuego del inocente y virtuoso amor, y estrechando contra su corazon la mano de la hermosa Bianina, se arrancó de entre sus brazos que parecian quererle retener, y saltando en la góndola, se apartó rápidamente de la orilla del rio. Llenos de lágrimas los ojos de Bianina, le siguiéron á lo largo de la corriente, y ya se hallaba á una distancia que casi no se le distinguia, quando en alta voz la dixo: "ya ha llegado el momento de que vuestra constancia sufra las

mas rigorosas pruebas; armaos pues de valor, amada Bianina: á Dios, á Dios..... siguió ella escuchando con atencion; pero no oyó mas palabra ninguna.

Inmóvil en el sitio en donde habia visto á su idolatrado desconocido, los ojos clavados sobre la parte del rio que acababa de atravesar, y los brazos tendidos aun hácia él, se mantuvo por largo rato sumergida en la mas profunda meditacion, hasta que vino á sacarla de ella poco á poco el fresco de la noche y el ruido de las olas que comenzaban á chocarse con mas fuerza é ímpetu contra la orilla. Creyó á este punto hallar un vacío al rededor de ella, que hasta entónces le habia sido desconocido; y volviendo á tomar con precipitacion el camino del palacio, atravesó el parque entero sin echar una mirada siquiera sobre los sitios por donde

iba pasando, y que ántes merecian toda su atencion, y corrió á encerrarse en su quarto, aunque sola, acompañada de la imágen querida de aquel á quien ya no estaba en su mano poder olvidar, ni echar del sitio tan preeminente que habia ocupado en su corazon.

CAPÍTULO IV.

Partida precipitada. — Sus consecuencias. — Una amiga — Un malvado.

Llegada la hora de la cena, se presentó Bianina delante de su padre no sin alguna turbacion, la qual se aumentó todavia mas al ver el semblante de Guillelmo cubierto de la mayor tristeza, y al observar sus ojos cargados de lágrimas que él se esforzaba y procuraba contener. No pudo ménos á este tiempo de reprehenderse á sí misma en secreto, pensando que tal vez podria ella ser la causa del dolor que afligia á su anciano padre. En efecto, la fisonomía del conde parecia hallarse cubierta de una negra melancolía:

sus miradas estaban muertas, sus mexillas pálidas, su respiracion era precipitada; y todo su exterior manifestaba que acababa de sufrir su alma los mas terribles y violentos combates.

Miraba á Bianina de quando en quando, unas veces con ayre de ternura y de inquietud, y otras con el de la cólera y del descontento. La cena duró muy poco, la qual acabada, se levantó el conde de la mesa: su hija hizo lo propio, y haciéndole una inclinacion respetuosa, sin atreverse á hablarle cosa ninguna, se retiró con toda precipitacion á su quarto, adonde luego que llegó comenzó á llorar amargamente; pero á poco rato vió entrar á su padre todo turbado, el qual con el acento de la desesperacion, la dixo:

"Huyamos, hija mia...... Medicis es un malvado, y tu pérdida está ya determinada...... aca-

ban de descubrirme los secretos mas terribles...... una mano invisible ha puesto en las mias la prueba de su perfidia..... en fin, yo he perdido todo lo que me unia y hacia apreciable la humanidad, todo, hasta mi hija...... la misma Bianina se ha declarado mi enemigo...... sí, Bianina se ha complacido en despedazar mi corazon......"

"Yo, padre mio, exclamó Bianina temblando: yo que daria y perderia mil veces la vida por conservar la vuestra.. ... ¡ir á conspirar contra vos! ¡Yo ser enemiga vuestra! Ah, ¡desechad esta cruel idea, y no desconozcais á vuestra hija hasta este punto."

No pudo resistir el conde al tono de verdad y sencilla expresion con que habian sido pronunciadas estas pocas palabras; y sobre todo á las afectuosas caricias de Bianina. "Puede

ser que me hayan engañado, respondió Guillelmo; pero ah! no me han engañado, á lo ménos acerca de los perversos proyectos de Medicis: las pruebas que de ello tengo no admiten réplica ninguna, ni cabe duda en ellas. Ven pues, hija mia, ven á buscar por segunda vez en mi compañía el descanso y la seguridad en el seno de la naturaleza, en lo mas profundo de las selvas y de las montañas. Sí, Bianina mia, partamos al contado, no perdamos el tiempo de que ahora podemos disponer. A mí mismo me amenazan tambien algunos peligros, segun me avisan, pero yo sabré resistirlos y despreciarlos, luego que nada tenga que temer con respecto á los que á tí te rodean...... ¿Consientes, hija mia en quererme seguir?"

"Ah, padre mio! conducidme al mayor desierto, al cabo

del mundo si es necesario...... allí viviré sumamente feliz y dichosa, con tal que conserve el amor y afecto de mi adorado padre, y con tal que esta obediencia mia sirva para tranquilizar vuestro espíritu.“

Oidas estas palabras el conde sacó á su hija con el mayor silencio fuera de aquel palacio, que poco tiempo ántes era aun la morada del fausto y de los placeres: un coche los está esperando á la parte de afuera, en el que suben inmediatamente y atraviesan con la mayor rapidez aquella ostentosa y opulenta ciudad, léjos de la qual van á buscar la tranquilidad y reposo que no han podido hallar dentro de sus muros. Estrechada Bianina entre los brazos de su padre, reunen sus lágrimas y sus suspiros, y ni aun piensan en consolarse mútuamente. El corazon del conde se hallaba á un

mismo tiempo poseído del deseo de la venganza y de los movimientos de la ternura paternal; y en el de su hija dominaba alternativamente la memoria de su jôven desconocido, y los dulces enagenamientos de la piedad filial.

Ya iba la pálida claridad de la luna cediendo á los resplandecientes rayos de luz de la aurora, quando un gran número de hombres á caballo sale repentinamente de un bosque inmediato, y rodeando el coche y asegurándose de los criados y caballos, hace què toda la comitiva se detenga.

Dase á conocer Bonelli, y amenaza á aquella gente con el rigor de las leyes; pero nada les amedrenta ni acobarda; así que, sin perder tiempo abren la puertecilla del coche, y pretenden apoderarse violentamente de Bianina.

Lleno de furor el conde da una puñalada mortal al primero que se presenta; pero herido él mismo por la espalda, por uno de aquellos asesinos, cae pronunciando el nombre de su hija; y uno y otro quedan sin tener quien los socorra, y en poder de sus crueles enemigos.

La desgraciada Bianina, que se habia desmayado al ver correr la sangre de su padre, no pudo ya desde entónces observar ni atender á lo que pasaba á su al rededor, y permaneció sumergida por bastante tiempo en aquella especie de sueño letárgico. Vuelta pues en sí, oye resonar mil gritos de alegría, y abriendo en seguida los ojos, se halla en un suntuoso y rico quarto, echada sobre una magnífica cama, y rodeada de un gran número de mugeres jóvenes y hermosas en extremo, y en cuyos semblantes se

veian pintadas todas las gracias de la inocencia. Una de ellas procuraba con ansia reanimar su espíritu, haciéndola respirar varios olores; otra estaba refrescando el ayre con un abanico de hermosas y pintadas plumas; otra tercera esparcia por el quarto algunos perfumes, y las demas alegraban aquel sitio con la dulce y suave melodía que resultaba de la union de sus voces con los concertados sonidos de los instrumentos.

"¿A dónde es á donde me hallo? preguntó Bianina."

"En la morada de la felicidad y del amor, le respondió una de aquellas jóvenes."

"Ah! no es posible que pueda exîstir felicidad ninguna para mí, hallándome apartada de mi adorado padre...... por el divino cielo os pido me le dexeis estrechar entre mis brazos..... Pe-

ro no! ¡vosotras le habeis quitado la vida, sí, crueles, vosotras le habeis asesinado.....! en vuestros ojos lo estoy leyendo...... en el color que cubre vuestros semblantes......! ah! ¡ cómo puede hermanarse tanta crueldad con tanta hermosura, y con la inocencia y humanidad que se lee en vuestras facciones!"

"Sabed, hermosa Bianina, que vive vuestro padre, y él os ruega y encarga que os tranquiliceis" le respondió una de aquellas jóvenes.

"Pues bien, si es cierto lo que decís, conducidme adonde se halla, exclamó Bianina, incorporándose con precipitacion sobre la cama, pues que solo en sus brazos es en donde yo puedo volver á encontrar la tranquilidad que he perdido."

"Vuestra vista le seria muy funesta, le respondió la jóven mis-

ma que ántes, con un ayre lleno de gracia y de bondad: unas sensaciones demasiado vivas no harian mas que empeorar sus heridas, y tal vez con vuestra excesiva ternura le quitariais la vida. Calmaos pues, amable Bianina, vuestro padre está enterado de la situacion en que os hallais, y os pide aquieteis vuestro espíritu, y cobreis alguna tranquilidad."

¿Es verdad lo que decís? ¿vive mi padre todavia? Ah! ¡no me engañeis amable jóven! Y qué, ¿seria posible que ya supieseis mentir, y que ya hubieseis aprendido á engañar á vuestros semejantes?

"No, Bianina, le respondió aquella jóven desconocida, poniendo la mano sobre su corazon con aquella especie de dignidad que solo corresponde á la virtud; no, Virginia no falta jamas á la

verdad, y quando no puede decirla, el silencio es su única respuesta."

La juventud, la hermosura y gracias de la desconocida, sus modales atentos y afectuosos, y sobre todo su fisonomía, no pudiéron ménos de hacer impresion en el alma de la desgraciada Bianina."

Pues bien, Virginia, la dixo agarrando una de sus manos, y llevándola á sus ladios, ¿á dónde es adonde me hallo? ¿quién es quien manda en este palacio? decidme sin rebozo alguno todo quanto sepais acerca de la suerte de mi desgraciado padre y de la mia, y contad con mi sincero agradecimiento hácia vuestras bondades.

"No me es permitido contestar á lo que me preguntais, respondió la jóven Virginia apretándole la mano sin que lo notasen sus compañeros; mi amo solo es el

único que debe responder á unas preguntas de esta naturaleza.

Creyó Bianina haber encontrado una amiga en aquella joven llena de amabilidad; y esta idea, reanimando un poco su valor, le permitió echar en fin sus miradas sobre lo pasado, y aun extenderlas con mas confianza hácia lo porvenir. Virginia, sin embargo, no la habia prometido nada: todos sus movimientos y acciones se observaban con el mayor cuidado, por las otras jóvenes que la rodeaban: no podia hablar una palabra siquiera sin que la oyesen; y aun sus mismas miradas podian ser notadas, é interpretado lo que pasaba en su interior: por otra parte, Bianina ignoraba que era lo que podia esperar de aquella jóven desconocida; pero es tan halagüeña y dulce la amistad; y tan necesaria la comunicacion y la esperanza á los desgraciados,

que no pudo ménos de descubrirle al instante todo su corazon.

Entretanto, ni la hermosura y riqueza de aquel palacio, en donde la pompa asiática se hallaba unida al gusto y á la elegancia de la antigua Grecia, ni la magnificencia de los jardines, y de un inmenso parque rodeado de altas paredes, y terminado por las aguas del mar, ni los cuidados y atenciones respetuosos que se la prodigaban; y en fin ni todas las diversiones que se inventaban para distraerla, fuéron suficientes para sacarla de la tristeza y melancolía en que se hallaba sumergida. Ocupada siempre su imaginacion con la memoria de su adorado padre, aun los objetos que tenian ménos semejanza con esta idea, no hacian mas que recordársela con mayor vigor y fuerza.

Quando su raptor se presentó

á sus ojos por la primera vez, olvidando sus propias desventuras, solo se acordó de Guillelmo; así es que suplicó y rogó á Caponio, pues que en efecto este perverso, seductor de la inocencia, habia sido el que acompañado de una quadrilla de malvados vendidos á sus riquezas, habia salido al encuentro del conde Bonelli la noche que con su hija se retiraba huyendo de la corrompida Florencia, como ya se ha dicho, le suplicó pues, no que la volviese la libertad, sino que la dexase estar en compañía del conde, reprehendiéndole en seguida con la mayor vehemencia el atentado que habia cometido, atreviéndose a romper de un modo tan infame los lazos mas sagrados de la naturaleza.

Una sonrisa obsequiosa, y otras veces un ayre lleno de frial-

dad y de indiferencia, era la única respuesta que recibia á sus preguntas, y que el infame Caponio daba á las reconvenciones con que ella creia oprimirle. Hubiera en fin Bianina venido á parar en perder el juicio despues de algunas escenas de esta especie, si la amable Virginia no hubiera hallado por último la ocasion de decirla, sin que nadie lo oyese, y dándola al mismo tiempo un puñal: "sabed que os hallais en Ombrona en un castillo de Caponio...... vuestro padre no corre riesgo ninguno..... no irriteis sin fundamento y necesidad á vuestro raptor, pero entretanto no os descuideis..... desconfiad de los que andan á vuestro lado, que quando sea tiempo ya vendré yo á libertaros."

Estas palabras pronunciadas de priesa; pero con el acento que dimana del corazon, sirviéron para

reanimar el valor y la constancia de Bianina. Resolviendo pues conformarse con lo que se le aconsejaba, se presentó ya ménos triste, y tomó tambien parte algunas veces en los juegos y diversiones de sus compañeras; de todo lo qual instruido Caponio, volvió á toda priesa á Ombrona, persuadido de que el tiempo habia producido en su prisionera su efecto ordinario, y de que se acercaba el instante de su triunfo.

Procuró excusar de nuevo á los ojos de la jóven Bonelli, la conducta que habia tenido, atribuyendo todo lo que en ella habia de odioso á la violencia de su pasion, y al rencor que desde tiempo tan remoto reynaba entre sus dos familias, el qual no le habia permitido solicitar su mano por los medios acostumbrados; jurándola en fin, para hacerle conocer mañosamente que los me-

dios de la fuerza y de la violencia estaban siempre en su mano, que jamas los pondria en execucion contra ella; pues que, añadió, no queria deber su corazon, y la posesion de un objeto tan amable, mas que á su respeto y á su ciega sumision en todo lo que ella quisiese y dispusiese.

Fué necesario que Bianina se sirviese de todo el imperio que tenia sobre sí misma, para ocultarle el desprecio y la indignacion que la inspiraban semejantes discursos; así que, haciéndose una grande violencia, logró en fin poderle responder con mas moderacion que la que acostumbraba, y contener y retardar sus atentados, dexándole que formase alguna esperanza.

Era Caponio el hombre mas perverso y mas vicioso de Florencia. Un inmenso patrimonio que habia heredado de sus ante-

pasados le servia á un mismo tiempo para dar rienda suelta á la relaxacion de sus costumbres, y para satisfacer la inclinacion que tenia á enredar y formar bandos y partidos. Se le veia estar pensando siempre en los medios de exceder en profusion hasta á los romanos mismos que exîstiéron en los últimos tiempos de aquella famosa y opulenta república.

Su mesa, sus cocineros, las mugeres que tenia destinadas para el bayle, y para la música; y en fin, todo lo que tenia alguna relacion con él, excedia infinitamente á todo lo que de este género se hallaba en aquel tiempo en Italia; y hasta sus casas de campo se parecian mas bien á los palacios de los dueños del mundo, que á las habitaciones de un simple ciudadano. Se celebraban en ellas á cada instante fun-

ciones de glotonería y borracheras, que en nada cedian, ni á los banquetes, ni á las bacanales de la antigua Roma; y mas de un corazon inocente y de un alma recta y tranquila salian envilecidos ó corrompidos de estas tan perjudiciales diversiones, en donde no quedaba artificio ni atractivo ninguno que no se empleasen para seducir y para degradar la naturaleza.

En medio pues de este encanto de un género tan nuevo, era en donde aquel perverso tenía aprisionada á la desgraciada Bianina, esperando á que el veneno se introduxese hasta su corazon, haciéndole pasar por los sentidos; y en efecto, nada se olvidó que pudiese contribuir para conseguirlo.

El disimulo que su cautiva se habia propuesto seguir, le hacia creer que ya se hallaba cerca el

momento de su felicidad; pero habiéndole la viveza de su pasion y el estar acostumbrado á no sufrir jamas resistencia de mucha duracion, habiéndole pues todo esto hecho olvidar la resolucion que habia tomado de temporizar, á fin de que su triunfo fuese mas dulce, y de saborearse mas completamente con su victoria, vió desaparecer de repente aquella ilusion que le habia tenido entretenido y enagenado hasta entónces.

En una de aquellas deliciosas noches que solo se ven baxo el hermoso cielo de la Italia, y en las que toda la naturaleza adormecida parece estar cubierta de un velo mágico y misterioso; en una de estas noches pues, baxó Bianina á los jardines, y entrándose por uno de los bosques de mirtos, iluminado débilmente con los rayos argentados de la luna, se sentó sobre un banco cu-

bierto de lilas, de rosas, y de jazmines.

Un vientecillo que soplaba á este mismo tiempo, traia hasta donde ella estaba el fragante olor de las flores, el ruido de las cascadas, y el que hacian las pacíficas olas del mar. La imágen adorada de su jóven desconocido vénia naturalmente á mezclarse con esta escena tan halagüeña y encantadora: creia Bianina verla andar y moverse rápidamente por en medio de la sombra que hacian los cuerpos interpuestos entre los rayos de la luna: parecíale oir de lo mas profundo de los árboles que la rodeaban, y que movia suavemente el viento, algunos suspiros que respondian á los que se escapaban de su pecho, y una voz secreta que contextaba á la voz que resonaba en su corazon; últimamente, le parecia que se

apoderaban de su alma los inocentes y virtuosos sentimientos que inspira el puro amor.

La casualidad conduxo á Caponio á este tiempo adonde ella se hallaba: distínguela este perverso, observa la agitacion que la domina, y ya se cree seguro de obtener un triunfo que él mira como muy fácil: introdúcese ligeramente por entre los árboles, acércase á ella, se apodera de las manos de su prisionera, y da indicios de quererse aprovechar de una turbacion que él imagina ser el solo y único hombre que la ha hecho nacer. Pero no podia al contrario elegir momento ménos favorable: levántase Bianina toda asombrada, y le arroja léjos de sí con aquella fuerza que la inocencia y el amor dan siempre á la debilidad, y que las mas veces parece sobrenatural.

"Hombre despreciable y vil,

le dice con firmeza, y llena de un furor que parece ageno de su sexô; si tu perverso corazon se halla poseido de todos los vicios que corrompen, y que son el oprobrio del género humano, procura á lo ménos ocultar la deformidad de ellos: anda y busca entre los seres de tu especie quien te quiera vender los indignos favores que solicitas; pero en tanto aprende á respetar la virtud y la inocencia, y á temer el castigo que el Ser de justicia, prepara á los monstruos como tú."

Estas palabras, dichas por Bianina en tono severo y amenazador, y mas aun, el despecho de verse burlado en el instante mismo en que creia hallarse próxîmo á su triunfo, introducen en el alma de Caponio la rabia y el furor mas concentrado.

Por la primera vez la amenaza con que recurrirá á la fuerza y á todos los medios de la violencia: ella le desprecia con el mayor aliento y valentía: irritado hasta el extremo, llama á los dignos ministros de sus voluntades, y les manda se apoderen de ella inmediatamente; quiérenlo executar con efecto las mugeres que habian acudido á su voz; pero Bianina, sacando de su pecho el puñal que le habia dado Virginia, las amenaza con que atravesará el corazon de la primera que se atreva á acercarse á ella, haciendo lo mismo despues consigo propia: retíranse hácia atrás las esclavas de aquel malvado, y aun él mismo duda de lo que debe hacer: en este entretanto, aprovechándose Bianina de la turbacion y confusion que nota en sus enemigos atraviesa con el puñal

levantado por en medio de aquellas viles mugeres, y se dirige precipitadamente á su quarto; adonde luego que llega se pone de rodillas delante de la imágen del redentor de la especie humana, que es del único de quien espera la liberte de tantos peligros como la amenazan, y anegada en un copioso llanto, le pide fervorosamente libre su inocencia y su virtud de lás astucias y asechanzas del perverso Caponio.

Aun se hallaban sus manos levantadas hácia el cielo, y ella sumergida en la mas profunda meditacion, quando le pareció oir un ruido en su ventana: acércase toda temblando, y ve que han atado á ella una escala: mira en seguida hácia la parte de abaxo, y descubre una barca que está al pie de la pared, y en el mismo momento conoce la

voz de Virginia que la exhorta y anima á que baxe con el mayor silencio y prontitud. No teniendo ya nada que temer, arrima un taburete á la ventana, y subiéndose sobre él se pone sobre la escala, y bien pronto se halla en los brazos de su amiga. Condúcelas la chalupa rápidamente hácia una embarcacion bastante grande, anclada á corta distancia, y hasta estar en ella no se atreven á entregarse á la alegría y á los dulces y deliciosos enagenamientos de la amistad. Formadas la una para la otra, sus corazones se entendian y correspondian ya perfectamente: mantuviéronse largo tiempo abrazadas, y los nombres mas dulces, y las mas expresivas y sinceras caricias fuéron las prendas mas seguras del nuevo lazo que las iba á unir para siempre. Luego que se hubiéron calmado un poco las pri-

meras agitaciones, rogó Bianina á su libertadora le manifestase quál era el motivo que la habia traido al poder de Caponio; lo qual executó ella en estos términos, en tanto que la embarcacion se alejaba á toda vela de las costas de Ombrona.



CAPÍTULO V.

Historia de Virginia.

"Querida amiga, adorada Bianina, dixo Virginia suspirando, indecible es lo que padece mi espíritu al pensar no puedo excusarme de descubriros y manifestaros todo el fondo de mi corazon; como ni tampoco el prohibiros penetreis en él con las severas miradas de vuestra virtud é inocencia; pues que perdí ya hace tiempo el derecho de poderlas sostener sin avergonzarme. Podria muy bien alegar en mi favor la fuerza de las circunstancias, los engaños, los artificios que se han empleado con tanta perfidia para seducirme, mi poca experiencia, y

por último mi juventud; pero nada de esto puede alucinar al que sepa como yo, que la virtud no admite semejantes excusas.“

Al pronunciar estas palabras, Virginia dexó caer algunas lágrimas de sus hermosos ojos: Bianina hizo quanto le dictó su piadoso corazon para consolarla, ofreciéndole toda su ternura é indulgencia, y la mas afectuosa amistad; y despues de haberse detenido un corto rato para sosegar su agitacion, continuó aquella desgraciada jóven en estos términos:

“Al presente vamos navegando para la isla Fórmica, la mas pequeña de las islas de la primavera. Este sitio, imágen del paraiso, y en donde reyna en efecto una eterna primavera, fué la cuna de mi infancia. Sobre sus ribazos cubiertos de viñas, en sus frescos y deliciosos valles, á la orilla de los arroyuelos, á la som-

bra de los bosquecillos de almendros, de mirtos, y de naranjos, agitados continuamente por el viento de la mar que templa el calor del dia; y en fin, en medio de los mortales tan sencillos como virtuosos que la habitan, aquí pues fué en donde yo pasé mi penosa juventud. Una imaginacion viva y risueña me hacia mirar con el mayor placer todo lo que me rodeaba, y la ternura y dulce melancolía de la madre mas querida, acabó de desenvolver en mi corazon el germen de la sensibilidad que con mano generosa habia depositado en él la naturaleza.“

“Un sinnúmero de desgracias y de trágicos infortunios habian perseguido á mi desventurada madre en los primeros años de su juventud. Arrancada precipitadamente del medio de la felicidad, rodeada de malvados astutos y po-

derosos que habian preparado su pérdida, apénas habia podido conseguir salvar su vida, y proporcionarse un asilo pacífico y seguro, renunciando á su patria, á su esposo, y á todo lo mas querido y apreciable que ella tenia en el mundo. Sus lágrimas corrian sin cesar de sus ojos; sus dolorosos suspiros se negaban á admitir la felicidad que aquella soledad le proporcionaba; su vida entera no era mas que una continuacion de dolorosas sensaciones, y su hija, objeto de su amor y de todos sus cuidados, era lo único que podia hacerle mirar la vida con alguna aficion, y cuidar de su exîstencia para proporcionarme la felicidad que del estado en que nos hallábamos se podia esperar."

"Y yo, desgraciada! ¡he podido quitarla el solo consuelo que la suerte le habia dexado! ¡he

podido despedazar su corazon, afligido ya de antemano con sus continuas desventuras, y dexarla abandonada á su dolor en el fondo de una soledad! Ah! ¡quién sabe si esta última pesadumbre la habrá conducido al sepulcro! ¡quién sabe si al morir no ha echado su maldicion sobre su desgraciada hija!"

Las lágrimas y sollozos de Virginia interrumpiéron de nuevo su narracion; y apénas pudiéron las afectuosas caricias de Bianina sosegar su turbacion, y calmar sus remordimientos.

"Mi madre, siguió en fin diciendo, no quiso jamas confiarme ni referirme la historia de sus desgracias: solamente me acuerdo que durante mi infancia, me tomaba en sus brazos, y estrechándome contra su corazon, y bañándome con sus ardientes y abundantes lágrimas, dirigia á su

esposo las reconvenciones mas fuertes y mas amargas; pero en lo sucesivo se fué haciendo cada vez mas reservada y circunspecta, contentándose con hacerme en general una pintura muy poco ventajosa y en extremo horrible de las costumbres y vicios de los hombres, sobre todo de los que componen las primeras clases de la sociedad, de cuyas almas corrompidas con todo género de desórdenes y envilecidas hasta el último punto, dimana con frecuencia la ruina de las familias mas honradas é inocentes.

Nuestra isla, me decia ella algunas veces, es el único sitio sobre la tierra en donde reside aun la paz, la tranquilidad, y la inocencia. Fuera de su recinto, el ayre es ménos puro, el cielo ménos sereno; mil continuas tempestedes atormentan á un mismo tiempo á los hombres y á la naturaleza; y el vicio y los mas

negros delitos degradan ó persiguen sin cesar á la triste y afligida humanidad."

"Se hallaba unida la verdad de un modo tan perfecto y natural á la exâgeracion con que ella me hacia la pintura del mundo, en donde habia vivido, y en donde se habian representado las trágicas escenas de sus desgracias, que participando bien pronto de su ilusion, no se extendian vez ninguna mis miradas fuera de los límites del jardin de nuestra rústica casa que yo misma cuidaba cada dia, ó de las chozas de los sencillos aldeanos que nos rodeaban y estaban inmediatos á nuestra habitacion, sin apoderarse de mí el mayor terror y espanto.

Pasóse de este modo mi infancia en el seno de la inocencia y de la tranquilidad; pero aquella fatal época, en la qual se verifica en nosotros una ma-

ravillosa revolucion, y en la que nuestro corazon, nuestros sentidos, y aun nuestros ojos parecen abrirse á unas sensaciones hasta entónces desconocidas, aquella época pues llegó en fin para mí, y me hizo la muger mas desgraciada del universo, sacándome del seno de la felicidad, para sumergirme en un abismo de penas y de confusiones.

"Acostumbraba yo á bañarme, con toda la confianza que inspiran á un mismo tiempo la soledad y la inocencia, en un arroyo poco distante de nuestra habitacion, y rodeado de un espeso bosque. Qual fué pues un dia mi admiracion quando al salir del agua, yendo á tomar mis vestidos que habia dexado sobre la yerba, advertí que me faltaba una banda que me solia ceñir al cuerpo.

Era esta vanda un regalo que

me habia hecho mi madre, y por lo mismo era sin igual el desconsuelo que yo tenia de haberla perdido. No dudando de que el viento se la habria llevado por entre aquellos matorrales, me puse á buscarla con el mayor cuidado; pero figuraos quál seria mi admiracion y espanto al ver un hombre en trage de cazador, que se habia escondido detrás de un árbol.

Era seguramente el mortal mas hermoso que yo habia visto y podido imaginarme hasta entónces; y tenia en sus manos la banda que tanto cuidado me habia dado. Al punto que me vió, saliendo del sitio en donde estaba escondido se dirigió hácia mí, cubierto al parecer su rostro del color de la vergüenza:

"Amable Virginia, me di-»xo con un ayre tímido y con-»fuso, perdonad mi indiscrecion y

»ligereza, y la chanza que he »tenido con vos, la qual no he »executado con otro intento mas »que con el de haceros conocer »los peligros á que os expone »vuestra inocencia. Recobrad vues»tra banda, ceñid con ella vues»tro hermoso cuerpo, y salid del »cuidado en que os habia puesto »la falta de ella.“

“Dichas estas palabras, arrimó la banda á su corazon, la apretó contra sus labios, y me la volvió con una mano trémula. Me habia turbado su vista hasta tal punto, que me fué imposible el hacerle la menor reconvencion acerca de su atrevida conducta. Tomé pues la banda, y en seguida eché á correr con una precipitacion, que le hubiera sin duda ninguna quitado toda esperanza de poderme agradar en ningun tiempo, si él no hubiera tenido mas experiencia que yo en tales materias; así

es que no se engañó en quanto á la causa de mi precipitada fuga, y concibió desde entónces unas esperanzas demasiado fundadas por mi desventura."

"Procuré al principio olvidar este acontecimiento, y sobre todo la imágen del desconocido, y resolví no apartarme jamas de mi habitacion en los términos que lo habia hecho hasta entónces: redoblé mi cuidado y mi asistencia al lado de mi madre, para disipar, ó á lo ménos para ocultarme á mí misma aquella agitacion que la vista del cazador habia producido en mi alma; pero nada fué suficiente para restituirme la tranquilidad de que ántes gozaba, y que tan sin saber cómo habia perdido.

Disgustada con los sentimientos que notaba en mi corazon, y temiendo en extremo la perfidia de los hombres que mi madre me

habia ponderado tanto, y de la qual me habia hablado con tanta energía y tan frecuentemente, no tuve sin embargo valor para comunicarle el encuentro que habia tenido; ni la inquietud que me agitaba. El amor habia ya hecho su efecto en mi alma sin saberlo yo; en términos que deseaba ardientemente el volver á ver al desconocido.

A pesar de todo esto me mantuve muchos dias sin salir á la selva, ni apartarme quasi de nuestra casa; hasta que en fin una noche, despues de haberme repetido mil veces á mí propia que no corria riesgo ninguno, y que el cazador se habria ya ido de la isla, dirigí mis pasos hácia el sitio en donde le habia visto, temiendo á cada momento descubrirle; y sin embargo, deseando se presentase delante de de mí: pues que quan-

do llegué á la orilla del arroyo y ví que no habia nadie, no pude evitar el que se apoderase de mi alma una especie de enojo y de disgusto, dimanados de no hallar al desconocido en aquel sitio. Tal es la miserable condicion humana, que lo mismo que mas deseamos es lo que mas procuramos ocultar aun de nuestra propia imaginacion.

Despues de haber estado pensativa un largo rato, haciendo memoria de mi aventura pasada, ya me habia entrado llena de tristeza por el sendero que conducia á mi habitacion, quando de repente me salió al encuentro el jóven desconocido; el qual habia seguido todos mis movimientos, y expiado hasta el mas mínimo paso que yo habia dado.

No se escapó tampoco á su penetracion la especie de a-

legría con que estaba mezclado el espanto que me causó su aparicion repentina; de la qual se aprovechó con todo el artificio imaginable, deteniéndome, á pesar mio, y haciéndome con tanta modestia como vivacidad la pintura mas expresiva y halagüeña de su ternura.

Su tono lánguido y triste, sus modales, y hasta el flexîble sonido de su voz, le hacian tan superior á todos los hombres que yo habia visto hasta entónces, que le fué sumamente fácil el apoderarse á un mismo tiempo del corazon y del alma de una doncella de quince años, educada en la soledad, y por decontado nada enseñada á conocer los artificios y maldades de los hombres; pues que no halló injusticia en caracterizar en estos términos la conducta que ellos observan con el sexô mas débil, y que mas de-

bia merecer su compasion y buen trato.

"Desde este fatal y desgraciado dia nos vimos con mucha frecuencia, y ya no hubo reserva ninguna de mi parte, ni me quedó temor ninguno de todos quantos me habian inspirado las instrucciones de mi madre. Habia él tomado las costumbres, el modo de vivir, el vestido, y hasta la naturalidad y el candor de los sencillos habitantes de nuestra isla, y me afirmó estaba resuelto á comprar toda la parte mas fértil de ella, para pasar allí su vida á mi lado, casándose conmigo.

Este plan de felicidad, tan ponderado por él, y estas promesas tan dulces y halagüeñas me enagenáron de alegría, é hiciéron que desapareciesen enteramente de mi imaginacion todos los rezelos y desconfianzas que hasta entón-

ces no habian podido ménos de atormentar mi alma: quise dar parte de todo ello á mi madre; pero mi amante se opuso formalmente á que lo hiciese, asegurándome que él la conocia, y que sabia que ciertas desavenencias de familia no la dexarian consentir en nuestra union y felicidad; y que él me avisaria quando llegase el tiempo de poderle descubrir nuestro amor sin peligro ninguno.

Es mucho el imperio que tiene un amante sobre el corazon de una jóven inocente, y que no ha conocido con fundamento la desconfianza; así es que yo creí todo quanto me decia, en cuya consecuencia continuamos viéndonos mas á menudo que ántes. Pero bien pronto se siguen á la primer condescendencia otras muchas; sucediendo muy frecuentemente que una pri-

mera falta cometida arrastre tras de la segunda, y que el hombre de mundo triunfe con la mayor facilidad de la jóven incauta y sencilla; así que bien pronto no tuve ya nada que negarle, ni cosa ninguna que concederle.“

Este pues fué el tiempo que aquel exêcrable monstruo esperaba para mudar de tono y de lenguage: poco ántes me rogaba y suplicaba, al presente ya mandaba como dueño absoluto: ántes de conseguir favor ninguno me prometia sepultarse conmigo en el fondo de aquella soledad, ahora ya me mandaba le siguiese al mundo, si no queria perderle sin esperanza de volverle á ver.

Una conducta de esta naturaleza, no pudo ménos de indignarme: le llené y me llené á mí misma de los nombres mas odiosos: quise echarme á los pies

de mi amada madre, confesarle mi delito, y llorarle en su seno; pero el malvado no me lo permitió, y tuvo el arte de disuadirme de ello. El primer paso en el vicio estaba ya dado, el primer paso......! ah! el segundo era quasi inevitable: venció en fin la excesiva pasion que le tenia, y no tuve dificultad en seguir á mi seductor adonde quiso llevarme, y en obedecer ciegamente á todas sus voluntades."

"Ahora ya con lo que os he dicho, amable Bianina, podreis muy bien adivinar su nombre. Me conduxo pues á Ombrona, en donde rodeándome de todos los placeres imaginables, y embriagándome con todo género de disipacion, consiguió, aumentando mi delirio, apartar por algun tiempo de mí toda idea de virtud, y hasta la adorada imágen de mi madre. Pero no tardó mucho en presen-

tarse en Florencia la virtuosa Bianina, y por de contado en ser olvidada la culpable Virginia.

El tiempo, que es el mejor maestro, me traxo el desengaño, y con él la facultad de pensar; á lo qual se siguió una luz terrible que se habia procurado apartar de mis ojos con tanto cuidado, y con tantos prestigios, y que penetró en mi alma, conduciendo á ella los mas acerbos y crueles remordimientos. Ahora fué quando conocí distintamente lo horroroso de mi situacion: la mas profunda melancolía se apoderó de mi alma: mil siniestros proyectos se presentáron á mi imaginacion; pero acordándome de mi madre, conocí que si habia algun remedio, ó á lo ménos algun alivio para mis males, en ninguna parte le podia encontrar mejor que en su amoroso seno y en su perdon. Ah! ¡y quán sin-

cero era ya entónces mi arrepentimiento! ¡Quántas veces no maldixe la facilidad con que me habia dexado seducir y engañar, y el momento en que habia consentido en apartarme de la isla!"

"Resolví pues volverme á los brazos de mi madre; pero como no tenia mas que ofrecerla que errores y crímenes, quise en recompensa poderle presentar á lo ménos una buena accion. Desesperando Caponio de poderos seducir, os arrebató de los brazos ensangrentados de vuestro padre; cometiendo el atentado mas horroso, del qual fuisteis testigo aquella noche funesta; y yo fuí una de las nombradas para estar á vuestro lado, y para serviros: en el mismo momento en que os ví, condolida de vuestra situacion, tomé inmediatamente la resolucion de executar lo que habeis visto. Defen-

deros de los lazos en que yo misma habia venido á meterme, y libertar vuestra virtud de las asechanzas y artificios del hombre á quien yo habia sacrificado la mia, ved aquí quales fuéron mis intenciones, y la reparacion mas noble que yo creí poder ofrecer á aquella á quien mas de cerca alcanzaba mi deshonor."

"No, amada Bianina, mi madre no podrá resistirse á vuestras lágrimas: perdonará las faltas de su hija en favor de vuestra virtud: en vos he hallado una hermana tierna y afectuosa, y esta hermana estoy segura de que me restituirá á mi madre; haciendo que me devuelva todo el amor y ternura que ántes me tenia.

Concluidas estas palabras Virginia, se echó en los brazos de Bianina, la qual hizo todos sus esfuerzos, y empleó las mas tier-

nas caricias, y las mas dulces promesas para introducir la esperanza en su corazon, y para calmar la turbacion que la agitaba.



CAPÍTULO VI.

Nuevo misterio. — Peligrosa ilusion. — Venganza. — Tribunal de los Sibaritas.

A mí me corresponde ahora, amada Virginia, dixo Bianina estrechándola entre sus brazos, y apretando una de sus manos, el contaros la historia de mis desgracias; pero ántes permitidme os importune con una pregunta que largo tiempo ha deseaba haceros. ¿Sabeis á dónde se halla el conde Guillelmo? Sin duda que no os habrán ocultado qual ha sido su suerte: ah! decidme por Dios qué es lo que ha hecho el malvado Caponio con mi padre: nada me reserveis: todo lo espero de vues-

tra fina amistad."

"Me es absolutamente imposible, respondió Virginia, el deciros adonde se encuentra en este mismo momento; pero de lo que puedo aseguraros es de que al presente se halla fuera del poder de sus enemigos. El dia que estos se apoderáron de vos, le conduxéron bastante mal herido á una de las casas de campo de Caponio; de la qual desapareció repentinamente despues de haberse restablecido, sin que jamas se haya podido saber de qué medios se valió para conseguirlo, ni quien fué quien le ayudó en una empresa tan dificil, y aun imposible segun las precauciones que se habian tomado.

Temiendo pues el perverso Caponio no emplease vuestro padre la autoridad de las leyes, ý el poder tan grande qne tenia en Florencia, para hacer que se

...

castigasen sus atentados y delitos, si una vez llegaba á saber el nombre de su perseguidor, mandó que se hiciesen todas las pesquisas imaginables en las inmediaciones del sitio en donde le habia tenido encerrado para buscarle; pero todas fuéron inútiles; y por mas que se hizo no se pudo en forma ninguna descubrir su paradero: el conde por su parte parece ignorar quien es el sugeto contra quien debe dirigir su venganza, porque Caponio ha vuelto á comparecer en Florencia con la misma tranquilidad y satisfaccion que otras veces, sin que se haya notado que vuestro padre haga diligencia ninguna para descubrir el autor de su desgracia, é implorar el amparo de los jueces para que se castigue el atentado cometido en su persona é hija.

Despues de haber empleado algun tiempo en hablar del con-

de Guillelmo y de la perversidad de Caponio, iba ya Bianina á satisfacer la curiosidad de su amiga contándole sus desgracias, quando un nuevo acontecimiento vino de repente á interrumpir su conversacion.

Ya habia la aurora disipado las tinieblas de la noche, y el sol se elevaba magestuosamente sobre las olas, quando se descubrió desde la embarcacion una galera que venia en su seguimiento á toda fuerza de remos. Estremeciéronse las dos amigas á esta vista, bien que no supiesen ni alcanzasen por entónces qué era lo que tenian que temer; pero la bandera florentina que se reconoció bien pronto, disipó en parte sus temores.

En el entretanto, y pasado poco tiempo, obligado el patron por una señal que se habia puesto en el otro buque, puso el suyo á la capa, y esperó á que llegase la

galera; la qual envió inmediatamente una chalupa á su embarcacion para registrarla. Los soldados encargados de esta comision, presentando las órdenes que llevaban del gobierno, se apoderáron de Bianina y de Virginia, y las pasáron á su bordo; adonde luego que llegáron las encerráron en un camarote, desde el qual no podian ver otra cosa que el cielo y el agua, ni oian mas ruido que el de los remos y el de las olas del mar.

Un tropel de nuevos temores y de aciagos y tristes presentimientos vino á apoderarse á este punto de nuestras dos jóvenes amigas; las quales, estrechándose recíprocamente entre sus brazos, se juráron no abandonarse jamas, y despreciar unánimemente todos los peligros que las pudiesen acometer, y aun la misma muerte si era preciso; cuyo dulce entu-

siasmo de la amistad, reanimó y confortó sus corazones, y quedáron esperando con tranquilidad la suerte que las amenazaba.

Hacia el medio de la noche sintiéron que la galera se paraba y daba fondo, y de allí á poco viéron entrar en su camarote á los que las venian á sacar de aquella prision flotante: hiciéronlas baxar á una canoa que las conduxo á tierra, adonde luego que llegáron, apoderándose de ellas una tropa de soldados que las estaba esperando, y mandándolas entrar en un coche que tenian prevenido, las conduxéron rápidamente por un camino desierto al través de los bosques, de las ruinas de algunos edificios, y de una infinidad de rocas escarpadas.

Al cabo pues de haber caminado como cosa de una hora, se presentó repentinamente á sus ojos

un soberbio y magnífico palacio, del qual saliéron, luego que llegáron á sus puertas, una multitud de criados ricamente vestidos, y todos con hachas encendidas para acompañarlas: al frente de ellos estaba un anciano que las recibió con el mayor respeto, y las conduxo á una sala en donde se las sirvió una cena magnífica, la qual, así como todo lo demas que las rodeaba, las recordó el palacio del perverso y traidor Caponio.

Virginia fué la primera que en tono afectuoso se atrevió á preguntar al anciano acerca del sitio en donde se hallaban; pero él la suplicó no le hiciese mas preguntas, asegurándola con una sonrisa significativa, le estaba prohibido el responder cosa ninguna á lo que le pteguntasen, y que no se tardaria en aclararse todo, y en salir ella de las dudas que ma-

nifestaba, y que tanto parecian interesarla.

Oprimidas del cansancio y de lo que habian padecido en toda aquella noche, deseaban con ansia poder descansar un rato; lo qual, advirtiéndolo el anciano, las conduxo al quarto que se las habia destinado, en el qual las dexó solas, despues de haberles dicho avisasen si querian alguna cosa.

Las dos alcobas en que debian dormir nuestras dos jóvenes se comunicaban entre sí. Mas tímidas que nunca Bianina y Virginia, registráron cuidadosamente todos los rincones de aquella habitacion, cerráron todas las puertas de ella, excepto la que daba comunicacion á sus dos alcobas, y no se separáron la una de la otra sin manifestarse su inquietud y ternura, y sin haber estado ántes un buen rato abrazadas.

Acostado que se hubiéron, no tardó mucho en dormirse Virginia: pero algunas ideas y pensamientos, alternativamente dulces y terribles, alejáron el sueño de los ojos de Bianina; presentáronse á su imaginacion todos los acontecimientos que con tanta rapidez acababan de verificarse y de pasar por ella: parecíale ver unas veces á su padre, otras á Medicis ó á Caponio, y otras en fin á su amado desconocido, cuyo amor habia llegado á hacerse para ella una nueva virtud y una necesidad de que no estaba en su mano el poder prescindir.

En tanto que se mantuvo dispierta, que fué un largo rato, alternáron todas estas ideas en su imaginacion; pero á proporcion que se fué apoderando de ella aquella especie de sopor ó adormecimiento, en el que el alma parece estar dispierta quando los sentidos

sé hallan ya entregados al sueño, la imágen de su amante fué apoderándose de todas sus facultades, en términos que bien pronto ya no vió otra cosa mas que á él. Hermoso como se le habia presentado en el valle de Bagno, impetuoso y valiente como en el instante mismo en que despreciando el peligro se habia arrojado á las olas por salvarla la vida, y en fin tierno y expresivo como quando á las orillas del Arno le manifestó con los colores mas vivos lo excesivo de su amor, en estos mismos términos le parecia verle delante de sí, animado ademas de aquella dulce alegría que anuncia el fin de las penas y trabajos, y que promete la sólida felicidad.

Ocupada su alma con estas halagüeñas ideas, creia oir Bianina una voz oculta que la decia: ¿quál seria pues tu alegria si lo

que crees ser un juego ó desvarío de tu imaginacion, fuese un verdadero presentimiento? ¿y si con el mayor asombro tuyo volvieses á ver á tus pies en este instante al adorado objeto de tu amor.....?

En el momento mismo en que esta dulce idea halagaba con la mayor vivacidad el corazon de Bianina, llega á sus oidos un ligero ruido, y la saca de este adormecimiento tan apreciable y que tan encantada la tenia. Abre los ojos, y ve al lado de su cama puesto de rodillas al ser adorado que poco ántes ocupaba todos sus sentidos y potencias; el qual, todo alterado y poseido de la mayor agitacion, la dice con una voz trémula:

"O amado y hermoso dueño mio! perdona el exceso de mi amor: no le ha sido posible á mi impaciencia el esperar á que vi-

niese el dia: el sueño huia de mis ojos, y una fuerza irresistible me ha arrastrado á vuestra presencia: mi intencion era solo el veros, confortar mi afligido corazon con la vista de vuestra hermosura, y apartarme de vos inmediatamente; pero veo que tambien os hallais dispierta, y que tal vez estariais pensando en vuestro amante: ah! amada Bianina, debaos yo el que no lleveis á mal este atrevimiento, y el que me permitais estar á vuestro lado aun un corto instante..... conceded este débil alivio al amor que me devora."

Dichas estas palabras, agarrando una de sus manos, la llevó á sus ardientes labios, y bien pronto redobláron sus caricias con una vivacidad que no pudo ménos de sorprehender y de ofender la modestia y candor de la virtuosa Bianina; pero en el mo-

mento mismo en que ella procuraba apartarle de sí y substraerse á sus atrevidos halagos, una nueva y repentina aparicion vino á poner fin á su asombro y al error en que se hallaba.

Una muger, baxo la forma de una furia infernal, se presenta á este tiempo en medio de la estancia, sin saberse por donde ha entrado, ni como ha venido hasta aquel sitio, y se precipita sobre el desconocido. Sus ojos echaban fuego, sus cabellos caian desordenadamente sobre su seno agitado, y sobre su espalda; el excesivo furor de que estaba poseida se veia pintado en todas sus facciones, contraia todos sus músculos, y daba á su cuerpo un movimiento convulsivo.

Traia un puñal en la mano; y levantándole luego que llegó adonde estaba el desconocido, exclamó con una voz terrible: *el*

puñal y el juramento de los Sibaritas! dicho lo qual clavó el agudo acero en el corazon de aquel desgraciado, á quien ya ántes habia derribado á sus pies con el brazo izquierdo.

"Perdóname, perdóname, desgraciada Bianchini, fué lo único que pudo decir ántes de espirar."

"Jamas, jamas, exclamó ella llena de furor, pareciendo deleytar y saciar sus ojos en la sangre de su víctima que ya inundaba todo el suelo; y volviéndose en seguida hácia la tímida Bianina y hácia Virginia, que llena de horror y de espanto habia acudido al ruido, les dixo quitando al mismo tiempo de la cara de aquel jóven ya difunto una mascarilla con que traia cubierto el semblante:"

"Baxo este traïdor y perverso disfraz, y de esta máscara, reconoced al pérfido Julian de Medi-

cis..... pero huyamos de aquí con la mayor brevedad y precipitacion, pues que su muerte podria traeros las consecuencias mas horribles y funestas, sin embargo de que no habeis tenido parte ninguna en la muerte de este monstruo. El amor y el odio de los Medicis son igualmente extremados; y sin embargo, añadió ella con un ayre de triunfo y con un semblante en donde se veia pintado el bárbaro placer que la venganza que acababa de tomar le hacia sentir interiormente; sin embargo, ved aquí tendido á mis pies y anegado en su propia sangre al orgulloso nieto del gran Cosme."

Dichas estas palabras agarró de la mano á Bianina y á Virginia, las quales, asombradas y llenas de confusion y de espanto, ni aun tan siquiera pensáron en hacer alguna resistencia, y dando

un golpe con el pie en el suelo, que era de madera, baxándose ó sumiéndose en el mismo instante un pedazo de él, se halláron sin saber como en un vasto y obscuro subterráneo.

Una infinidad de espaciosas galerías, sostenidas con un sinnúmero de robustas y altas columnas, venian de todas partes á terminarse en el sitio en donde se hallaban nuestras tres jóvenes: conduxo Bianchini por la galería de la derecha á Bianina y á Virginia; y agarrando una hacha que estaba ardiendo á la extremidad de ella, se metió la primera por un estrecho tránsito que se les presentó á la vista, y mandó á sus compañeras que la siguiesen sin rezelo ninguno.

Despues de haber andado algun tiempo, con paso bastante acelerado por aquella larga mina, que se dividia en diversos ramales, y

conducia á cada instante unas veces á bóvedas vastísimas sostenidas por una infinidad de columnas, y otras á estrechos y largos tránsitos, distinguiéron á lo léjos un ligero crepúsculo de luz, hácia cuyo sitio de adonde venia se encaminó inmediatamente Bianchini, apagando ántes el hacha que llevaba en la mano.

Siguiéronla sus compañeras siempre temerosas y llenas del mayor pavor y espanto, y llegáron á una puerta medio arruinada, y cubierta de arbustos y yedra, al través de los quales las abrió un camino su conductora, sin despegar en tanto sus labios, ni darles la menor señal de que no corrian riesgo ninguno en medio de aquellos vastos subterráneos.

Luego que saliéron á cielo abierto, despues que hubiéron andado todavia un largo rato, se halláron en un sitio silvestre é

inculto, y desierto por todas partes.

Un antiguo templo de Ceres, sus ruinas respetuosas, sus mármoles hechos pedazos, y sus columnas destruidas y caidas por tierra, fué lo primero que se les presentó á la vista. Paráronse á dascansar un rato, y en el ínterin les manifestó Bianchini en pocas palabras, que los vastos subterráneos que acababan de recorrer, habian servido en tiempos antiguos para la celebracion de las fiestas y bacanales que de tiempo en tiempo acostumbraban tener los habitantes de aquel pais; y que se comunicaban desde el atrio del templo de Ceres, á los subterráneos del templo de Baco, sobre cuyas ruinas habia hecho construir Cosme de Medicis el magnífico y suntuoso palacio de adonde acababan de salir.

A poco que hubiéron camina-

do se viéron rodeadas por todas partes de espesos bosques, y de una infinidad de escarpadas rocas, aumentando aun la horrible perspectiva de aquellos sitios, en otro tiempo sagrados, el ruido de un torrente que á su lado derecho se precipitaba de las montañas.

En extremo asustadas, y temblando de pies á cabeza nuestras dos jóvenes, iban andando agarradas estrechamente la una de la otra, y sin atreverse á levantar los ojos hácia su terrible libertadora; la qual llevaba aun maquinalmente en la mano el puñal con que habia asesinado á Julian de Medicis.

"Ya os hallais en libertad, las dixo Bianchini con un ayre triste y melancólico; y este es un servicio que debeis agradecer mas bien al odio y deseo que tenia de vengarme de Medicis, que á

mi virtud. Volveos pues á Florencia é implorar el amparo de los protectores que os quedan. Sí, de los protectores......! ah! ya hace mucho tiempo que Bianchini no tiene ninguno...... en fin, pues que ya os he libertado, lo que me resta que hacer ahora es el ponerme en salvo yo misma."

Calló luego que hubo pronunciado estas palabras, y pareciendo quedarse pensativa, no tardó mucho en caer en un terrible y profundo delirio. Sus miradas pareciéron fixarse sobre algun objeto desconocido, y su pecho agitarse con mas precipitacion que ántes, con los dolorosos y profundos suspiros que salian de él: sus pálidas mexillas, su frente sin color, y sus ojos muertos y desencajados, manifestaban lo cruel y acerbo que era el combate que á la sazon pasaba en su alma; en fin, cayéndosele el puñal de la ma-

no, quedó cubierto su cuerpo de un frio y sudor mortales.

Mirábanla Bianina y Virginia llenas de asombro, y sin atreverse en modo ninguno, ni á separarse de ella, ni á hablarle una sola palabra, quando de repente viéron que un rayo de esperanza parecia reanimar sus hermosas facciones:

"Allí pues, ó en ninguna parte!" exclamó con una especie de entusiasmo, y señalando con la mano hácia la selva inmediata, "allí ó en ninguna parte, es en donde debe Bianchini hallar la tranquilidad y reposo de que tanto necesita, y sin acordarse de sus compañeras y ni aun mirarlas, se encaminó precipitadamente hácia la selva.

"Y nosotras, exclamó Virginia, asustada de que las dexase solas en aquella soledad; y nosotras, ¿á dónde deberémos encami-

nar nuestros pasos? ¿qué podrémos hacer solas, y sin tener quien nos dirija en medio de este desierto?

Detiénese Bianchini al oir estas palabras: vuelve sus miradas con un ayre de asombro hácia las dos jóvenes: las mira atentamente por un corto rato, y las dice en fin: "vosotras, vosotras teneis amigos, parientes..... pero yo...... ah!.....

"¿Pero quién nos conducirá adonde se hallan? ¿quién nos sacará de este horrible desierto? La respondió Bianina con una voz trémula y desfallecida quasi enteramente, tanto del cansancio de lo que habian caminado, como del temor que le causaba el haberse de quedar sin guia ninguna en aquella soledad, y tal vez expuesta á ser hallada por sus crueles enemigos.

"Pues bien, las dixo Bianchini, ya veis aquella selva, mirad

si os hallais con el valor suficiente para seguirme á ella: descubrireis allí un mundo nuevo para vosotras, que no podrá ménos de llenaros de asombro, y se os manifestarán cosas que ni aun siquiera habriais sospechado pudiesen exîstir en el mundo, quanto ni ménos en un desierto tan horroroso y tan ignorado de todos, como es el en que vamos á entrar."

Siguiéronla Bianina y Virginia sin despegar sus labios, no atreviéndose á quedar solas en medio de aquellas ruinas, y tan cerca del palacio de los Medicis. Viendo Bianchini que en efecto se habian determinado á seguirla, se entró por un angosto sendero, á trechos cubierto de humedad, y á trechos escarpado, el qual se iba metiendo al través de aquellas malezas y de aquellas rocas enormes, atravesando abismos hor-

rorosos, y precipicios de toda especie.

Despues de haber caminado un buen rato por este peligroso camino, saliéron en fin á una llanura, la qual se hallaba circundada por todas partes de una altísima pared de pinos y cipreses, y de un torrente que se dividia en dos brazos. En el centro de esta llanura se elevaba un magnífico monumento de mármol, construido baxo el gusto de la antigua arquitectura, y en el qual se veia que la mano poderosa del tiempo no le habia exceptuado de sus rigores: las estátuas que le coronaban estaban destruidas en su mayor parte, y sus miembros se hallaban esparcidos al rededor de él, los unos cubiertos de yerba y los otros devorados por el musgo.

Dirigió hácia él sus pasos Bianchini con alguna precipita-

cion, y manifestando en su semblante la satisfaccion y tranquilidad que su vista la causaba, y luego que llegáron cerca vió Bianina una inscripcion grabada sobre la basa del monumento con caractéres griegos muy desgastados ya, que leida por ella con algun trabajo decia así:

Luego que el sabio baxa al sepulcro resucita á una vida mas augusta y mas digna de él.

Asegurado que se hubo Bianchini del verdadero sentido de estas palabras, acercándose al monumento dió tres fuertes golpes en él con un pedazo de piedra de los de sus ruinas; cuyo ruido resonó por largo tiempo en sus bóvedas, pareciendo repetirse á lo léjos; y no tardó mucho en comenzar á moverse la lápida en donde estaba gravada la inscripcion.

Abrióse del todo en efecto como si fuera una puerta, y al mismo tiempo salió de lo interior del monumento un caballero armado de pies á cabeza, el qual, sacando la espada, apoyó la punta de ella en el pecho de Bianchini, todo esto sin hablar una palabra tan siquiera. *Verdad y justicia*! exclamó la homicida de Julian de Medicis, sin manifestar turbacion ni alteracion ninguna; y en el instante mismo, volviendo á embaynar la espada el caballero, la hizo seña para que entrase: executólo Bianchini sin detenerse, y sus dos compañeras la siguiéron con paso tímido y vacilante por aquel horroroso y profundo abismo, cuya entrada se cerró detrás de ellas en el mismo punto, y sin verse qual era la mano que allí obraba, ó qual el asombroso artificio con que aquel monumento estaba formado.

Reynaba en todos aquellos sitios un silencio terrible y espantoso: el ayre que se respiraba estaba cargado de una densa humedad, y algunas luces colocadas de distancia en distancia daban una escasa y debilitada luz. El terreno parecia irse baxando poco á poco; y algunas bóvedas mas espaciosas y elevadas se presentaban ya á su vista; pero la densidad de la niebla, de que estaba el ayre cargado, impedia el que se pudiese distinguir bien toda la extension de ellas; y solamente se veian á lo léjos algunas espantosas y confusas figuras que se movian unas en una direccion y otras en otra, con pasos lentos y pausados.

Paróse el guerrero que las conducia al llegar á una puerta de hierro que se abrió inmediatamente; y haciéndoles seña para que entrasen con un ayre respetuoso,

él se quedó á la parte de afuera.

Lo primero que viéron en quanto entráron fué una magnífica rotunda, sostenida por un sinnúmero de altísimas columnas, y cuya elevacion y dilatado espacio, podia apénas alcanzar la vista. Una infinidad de hachas colocadas en unos hermosos y ricos candelabros, reflexando su luz en los mármoles pulimentados de que estaban formadas las paredes, iluminaban como si fuera de dia aquel soberbio y opulento sitio; por el qual se paseaban y movian hácia todas partes un sinnúmero de hombres, vestidos todos ellos de un mismo modo.

Cubiertos de arriba abaxo de unas largas túnicas á la manera griega, y coronados con unas guirnaldas de mirtos y de rosas, parecian estar hablando familiarmente unos con otros; y ningu-

no de ellos dió indicio de haber notado la llegada de Bianchini y de sus dos compañeras.

Dirigióse aquella hácia el medio de la rotunda, en donde se veia un magnífico trono, sostenido por una elegante columnata, y coronado con una media naranja de la mas rica arquitectura. En la parte superior del trono se veian escritas con letras de oro las palabras *Verdad y Justicia*, y sobre un altar que estaba allí inmediato se hallaba una campanilla de plata; la qual agarró Bianchini con entereza y resolucion, y la tocó tres veces.

A esta señal, un silencio profundo y repentino se propagó por todas aquellas bóvedas: separáronse unos de otros todos aquellos hombres que se andaban paseando: ya no se oyó el mas mí-

ñimo ruido, ni aun el mas leve movimiento se hizo que pudiera causarle, y toda aquella gente se fué colocando en dos filas delante del trono. No tardó mucho en oirse un ligero ruido que parecia venir de la extremidad de aquel edificio, y las dos filas se abriéron en seguida para dexar un libre camino á tres personas que con paso grave y magestuoso se dirigiéron hácia él trono.

El primero de ellos parecia jóven é iba vestido de arriba abaxo con una larga túnica de púrpura: llevaba la cara cubierta y la frente ceñida con una corona de laurel. Dos hermosos niños venian delante de él, y traian en la mano sobre dos vandejas cubiertas cada una de un rico paño, una copa y un puñal. Los otros dos personages que le seguian á algunos pasos, parecian ser ya de alguna edad; el uno

de ellos iba todo vestido de negro y coronado de cipres, y el otro estaba vestido de blanco, y traia la cabeza ceñida con una guirnalda de mirtos y rosas. Hiciéron todos tres su saludo al rededor de ellos luego que llegáron á sus respectivos puestos, y en seguida se sentáron en el trono, el jóven en medio y los otros dos á sus dos lados.

Despues de un instante de silencio, levantándose el que estaba vestido de negro, dixo con una voz apagada: "comparece delante de nosotros, tú, quien quiera que seas, que has venido á exponer tus quejas á este augusto y recto tribunal: habla, que con tal que tu exposicion sea sincera y lleve por delante á la verdad, nosotros te haremos justicia inmediatamente."

Adelantóse Bianchini, oido que hubo estas palabras con un ayre

noble y en alta voz dixo: "yo, *hermana* vuestra, vengo á acusarme á mí misma, y á pedir el castigo que merezca: escuchad, y juzgadme despues. Julian de Medicis me ha seducido y deshonrado: Julian de Medicis ha descubierto los secretos de *la órden*, y yo he clavado en su corazon el puñal de la venganza; quitando por este medio un monstruo horrible de entre los hompres, y libertándoos á vosotros mismos de un *hermano* que no podia ménos de seros perjudicialísimo en todo tiempo.

"Tú no eres ya nuestra *hermana*, exclamó el juez levantándose de su asiento con un ayre lleno de autoridad: ¿quién ha sido pues quien ha armado tu brazo? no otra cosa mas que el orgullo y una pasion imprudente. Y qué, ¿es un corazon herido y lleno de resentimientos el que de-

be ser juez de su misma causa, y señalar por decontado el castigo á un delito que tal vez no es ni la mitad de lo que él se figura? El amor propio pasa siempre de los verdaderos límites, y tú los has excedido, no cabe duda ninguna en ello."

"Dices que Medicis te ha seducido; pero no te acuerdas de que tú fuiste la primera que procuraste atraerle á tí con tus atractivos: el abusó de tú debilidad, es cierto; pero tú habias abusado contra él de tu hermosura: él descubrió nuestros secretos, está bien; ¿y quién te dió á tí la facultad y derecho de hacerte juez en esta causa? ¿te habia entregado por acaso su espada la *Orden* para que castigases los delitos cometidos contra ella? No queda duda ninguna en que una venganza ciega y personal ha sido la que ha dirigido tu acero, y no

la justicia: una alma justa y recta castiga al delinqüente, es verdad; pero se lastima, compadece y llora al executar la sentencia; y tú, tú te has deleitado y complacido al asesinar á Julian de Medicis (8); tú le has negado cruel é inhumanamente el perdon que te imploraba su voz moribunda: tú mereces la muerte, sí, pues que con tanta barbarie y encarnizamiento has cometido un asesinato."

Esta sentencia pronunciada con espantosa voz, y á quien hacia mas horrorosa y terrible la magestad y misterioso aparato de aquel sitio, cubrió de un sudor frio todos los miembros de la desgraciada Bianchini: su cabeza, no pudiéndose mantener derecha, cayó sobre su pecho: sus ojos quedáron inmóviles, sus labios palidos y trémulos no pudiéron articular una sola palabra en su de-

fensa: al verla de aquel modo se hubiera creido tener delante la estatua del dolor, ó mas bien la de la desesperacion.

El estado tan abatido y lamentable en que se la veia, no pudo ménos de hacer nacer la piedad entre los Sibaritas: un mormullo favorable se levantó en seguida en toda la asamblea; y el personage vestido de blanco, tomando la palabra, dixo así: "Tú la has negado desapiadadamente nuestro amparo y nuestra proteccion, y la has arrojado de nuestro seno, y yo la vuelvo á recoger en él: una *hermana* culpable pero desgraciada y arrepentida viene á refugiarse en nuestros brazos, ¿y podrémos nosetros con justo fundameuto no recibirla en ellos?"

"Nosotros predicamos y aconsejamos de continuo y con el mayor teson el exercicio de la humani-

dad; á nosotros pues es á quien corresponde dar el exemplo de la práctica de esta sublime virtud. Es cierto que ella ha delinquido cometiendo un asesinato horroroso; pero no debemos olvidar en modo alguno, y si qneremos conservar el carácter de rectitud y justicia que nos prescribe y manda la órden, que su delito es la consecuencia de nuestra lentitud en defender sus derechos. Considera pues el imperio que tienen sobre nosotros los sentidos y la debilidad del corazon humano, y tú serás ménos severo.“

“Solo Julian fué culpable: esto es cierto. El hombre que abusa de la debilidad y de la confianza de las mugeres, abusa de la fuerza que le ha dado la naturaleza, y todos los crímenes que se cometan por su persuasion y artificios deben recaer sobre su cabeza: no habrá quien se atreva

á negar la verdad de lo que digo; así pues, yo abandono á la desgraciada Bianchini á los remordimientos de su propia conciencia, que es el castigo mas terrible qne se la puede imponer.

Concluido que hubo de hablar el anciano, un mormullo general que se levantó en la asamblea, dió indicio cierto de lo mucho que habia agradado su modo de pensar, y Bianchini dió muestras de reanimarse y cobrar alguna esperanza. Pero tomando inmediatamente la palabra el juez supremo, con tono lleno de gravedad, y en alta voz: dixo en estos términos:

"*Verdad y Justicia*! amados hermanos. Es cierto que el corazon, y con especialidad el de una muger, es sumamente débil; y carece de aquella solidez, tino y prudencia que por lo general se observa en el hombre; pero la sá-

bia naturaleza nos ha dado la razon para que hagamos uso de ella en los lances mas apretados y críticos, y ademas nos ha dotado con mano pródiga de aquel sentimiento interior que no nos engaña jamas."

" Desgraciado ! ¡ desgraciado hasta el último extremo es aquel que enteramente desconoce su voz! Bianchini es culpable, no hay medio que pueda hacer desaparecer su delito: lo que se ha dicho y alegado en su defensa, disminuye, pero no destruye el crímen cometido. Los vínculos que sostienen los estados, los vínculos mas estrechos aun de uuestra *Union*, no serian de ningun poder, duracion ni permanencia, si se permitiese á cada uno de por sí tomar venganza de los agravios que le hubiesen hecho.

En esta inteligencia pues, es de mi primera obligacion, y si

bien lo mirais y reflexionais de una necesidad absoluta, el imponer alguna pena á la desgraciada Bianchini; pero como ya se ha apoderado de ella el verdadero arrepentimiento, solamente la sentencio á tres años de prision en nuestros subterráneos.

Bianchini, á cuyas sensaciones terribles que acababan de agitarla habian sucedido el dolor y el abatimiento, hizo una humilde y respetuosa inclinacion luego que acabó de hablar el juez supremo, y en seguida se puso ella misma, llena de resignacion, entre las manos de los *hermanos Sibaritas* encargados de conducirla á la prision que se le habia destinado.

En este entretanto Bianina y Virginia se hallaban en una situacion la mas terrible, y en la mayor confusion imaginable: sin saber lo que se hacian, comenzáron á caminar detras de Bian-

chini, luego que la viéron separarse de ellas; pero las detuviéron al instante los hermanos que se hallaban mas inmediatos, y bien pronto la perdiéron de vista, oyendo el ruido de sus pasos que se iba disminuyendo cada vez mas, á proporcion que se internaba por debaxo de aquellas bóvedas.

Ya hacia un buen rato que la prisionera y desgraciada Bianchini habia desaparecido de su vista, quando de repente suena de nuevo la campanilla que habia sobre el altar, y su sonoro ruido se repite mil veces en todos aquellos subterráneos, restableciéndose en seguida el mismo profundo silencio que ántes. Pónense en pie los tres jueces á un mismo tiempo, y por tres veces repiten á una voz estas terribles palabras:

Venganza! el Santuario de la órden se ha profanado.

En el momento mismo sienten las dos jóvenes que se apoderan repentinamente de ellas y que las separan una de otra, sin ver las manos que lo executan: un silencio profundo vuelve á reynar en todo aquel edificio, hasta que el juez supremo le rompe en estos términos:

"Comparece delante del tribunal, Bianina Bonelli, y defiéndete, ó de lo contrario caerá sobre tí irremisiblemente la espada de nuestra justicia. Dime pues, ¿quién ha sido quien te ha inspirado el atrevimiento de venir á expiar los secretos de la órden? responde inmediatamente, y mira no faltes á la verdad."

"La casualidad sola me ha conducido á estos sitios, respondió Bianina con aquella noble franqueza y seguridad que inspira la inocencia, aun quando se esté á la vista de los mayores peligros."

"Bianchini me ha traido en su compañía, continuó, en la qual hemos venido Virginia y yo desde el palacio que en estas inmediaciones tienen los Medicis: así que, vosotros que apreciais tanto la justicia, no creo querais castigar el crímen involuntario de una desgraciada á quien los mas terribles acontecimientos han conducido á pesar suyo á estos subterráneos."

"La prudencia, la replicó el juez, debia á lo ménos haberte obligado á que te retirases luego que te viste en medio de una sociedad extraña. Tú nos has expiado sin duda ninguna para descubrinos y vendernos á nuestros mas crueles é implacables enemigos."

"¿Cómo me habia yo de haber atrevido, respondió Bianina con resolucion y firmeza, á dar un solo paso para salir de este terrible sitio? acaso ¿me lo hu-

bierais permitido? Pero no desconfieis de mi prudencia: yo os juro por todo lo mas sagrado que pueda haber, que jamas saldrá de mis labios cosa ninguna de quantas he visto y oido en vuestra sociedad, aunque para ello me vea oprimida con el mayor rigor."

No, Bianina, no nos es suficiente este juramento, otro es el que debeis hacer si quereis libertaros de nuestra justa venganza: sabed pues que qualquiera que ha presenciado nuestras ceremonias, y enterádose de nuestros misterios, debe tomar parte en ellos, ó morir al rigor de las leyes que nos gobiernan, y á las quales todos estamos voluntariamente sometidos."

"La justicia es vuestra divisa, segun lo he oido de vuestra propia boca; así que, yo espero la exerzais conmigo en el caso presente: dispensadme pues de un

juramento que la situacion en que me hallo hará de ningun valor."

"Tambien nosotros debemos emplear la justicia con nosotros mismos, preferiblemente á otro qualquiera, sin distincion de persona. La *Union* mas bien arreglada queda destruida luego que se llegan á descubrir sus ocultos misterios. Elige pues entre este juramento ó la muerte: no te queda otro recurso."

Viendo esta obstinacion Bianina, sospechó que tal vez habia sido vendida, y que su conductora la habia puesto quizá entre las manos de los Sibaritas, para poder mejor conseguir su perdon; así es que dispertándose en su alma el noble entusiasmo que la era natural, preguntó al juez con aquel acento que tiene el que no teme nada, quál era el objeto de la sociedad de los Sibaritas, y qual la fórmula del ju-

ramento que con tanto teson se queria exîgir de ella.

"La verdad y la justicia son la basa de la felicidad del hombre, respondió el juez; pero como los esfuerzos que cada uno de por sí puede hacer, por hallarse aislados, se pierden en la sociedad, del mismo modo que una gota de agua echada en el vasto occeano, hemos reunido los nuestros para conseguir el fin que nos hemos propuesto, de favorecernos recíprocamente los unos á los otros."

"¿Y quáles son los medios, preguntó Bianina, que empleais para llenar este objeto."

"Todos los imaginables, respondió el juez con viveza."

"Pero ¿qué puede hacer por vosotros una débil muger sin proteccion, sin autoridad ninguna, y sin tener absolutamente a quien volver los ojos?"

"La debilidad de las mugeres nos es mas útil aun que la fuerza y poder de los hombres por grandes que puedan ser. La mágia del amor y de la hermosura subyugan con mas imperio que la autoridad y la razon, y de aquí saca nuestra órden unos partidos ventajosísimos."

"Ya os entiendo, replicó Bianina: mi corazon, mi inocencia, y mi virtud deben sacrificarse al feliz éxîto de vuestras intrigas y artificios, y quizá tambien á vuestras viles y detestables pasiones. Quereis, ya lo veo, conducirme violentamente por el camino del vicio, para gozar en seguida del fruto de mi vergüenza y de mi desesperacion."

" Ah! ¡perversos corruptores de la inocencia! la máscara con que os cubris no será suficiente en modo alguno para ocultaros á los ojos del que os observa con atencion. Sa-

bed pues que la hija de Bonelli no teme vuestros puñales, ni le horrorizan vuestros venenos, y que prefiere la muerte á una eterna infamia, y á subscribir á vuestras ideas de corrupcion, y de la deprabacion mas indigna.“

Al acabar de pronunciar estas palabras, acercándose al altar con un ánimo varonil, y que no pudo ménos de sorprehender á los Sibaritas, se apoderó del puñal que habia en él, y alzando el brazo se le iba á clavar en el corazon; pero en el mismo instante la detuviéron y desarmáron, y á una señal dada por el supremo juez, cayó un largo velo negro sobre ella que la cubrió de pies á cabeza, y no la dexó volver á ver la luz. En seguida, sintió que la llevaban con la mayor rapidez por aquellas bóvedas, hasta que llegando á un sitio húmedo y obscuro la dexáron en él

quasi moribunda y privada del uso de los sentidos.

Luego que volvió en sí Bianina, se halló en una estrecha bóveda, puesta sobre una tumba, y sostenida por un hombre que hacia todos sus esfuerzos para volverla á la vida. "O Dios mio! exclamó Bianina con voz débil y moribunda, ¿á dónde es adonde me hallo?"

"En los brazos de un hombre de honor que solo desea favereceros y serviros, le respondió una voz que ella no conocia. Dad gracias á la providencia porque me ha suministrado el valor y medios que eran precisos para libertaros."

"Nada teneis que temer, amable Bianina, pues aunque todavia estais en los subterráneos de los Sibaritas, os hallais ya sin embargo fuera del poder de vuestros crueles enemigos; pero daros

priesa á huir: no me atrevo á acompañaros hasta más léjos: la prudencia me manda no pase mas adelante, y mi perdicion seria cierta y segura si se llegase á tener la menor sospecha de lo que acabo de hacer por vos."

"Seguid, sin perder tiempo, la débil luz que distinguis, y al salir del subterráneo vereis una cabaña, al lado de la qual os está esperando un coche. Tomad el camino de Venecia, que no tardareis mucho en recibir en aquella ciudad noticias mias, y tal vez tambien de vuestro padre. A Dios Bianina: haced puntualmente lo que os digo, y bien pronto os hallareis en una completa seguridad.

Dichas estas palabras, la estrechó entre sus brazos con vivacidad, apretó sus manos entre las suyas, y desapareció en el momento mismo, sin que la jóven

Bonelli pudiese saber mas de él, ni la quedase mas medio que poner al instante en execucion las órdenes que aquel desconocido acababa de darle,



CAPÍTULO VII.

Nuevo personage. — Nuevos peligros. — El jóven desconocido vuelve á presentarse sobre la escena.

Apresuróse Bianina, á pesar de su extrema debilidad, á caminar hácia el sitio que le habia indicado el desconocido; y luego que llegó á la cabaña halló en efecto á la puerta de ella un coche que la estaba esperando, y que la conduxo con la mayor celeridad por el camino de Venecia.

Sus fuerzas se hallaban quasi del todo extinguidas, y aun su valor, que jamas la solia abandonar, habia decaido mucho: mil terribles presentimientos agitaban

su espíritu: lo por venir no le presentaba sino desgracias; y en este estado de abatimiento, en el qual no se tiene ya vigor ni gusto para reflexîonar, entró por las puertas de la magnífica Venecia.

El extraño y maravilloso aspecto de esta rica y poderosa ciudad, la hermosura de sus edificios, la singularidad de su situacion, y en fin su inmensa poblacion, no fuéron suficientes á sacarla de aquella especie de anonadamiento en que se hallaba sumergida. Despues de haber hecho algunas inútiles diligencias para adquirir noticias de su padre, resolvió esperar con resignacion á que se cumpliesen las promesas del que acababa de sacarla de entre las manos de los Sibaritas.

La iglesia que habia mas inmediata á la casa en donde se habia hospedado, era el único sitio pú-

blico que frecuentaba: la religion, tan poderosa y tan activa para con las almas piadosas como era la suya, no tardó en calmar todos sus dolores y cuidados, mezclando su dulce consuelo á la halagüeña melancolía que la inspiraba la memoria de un padre y de un amante, bien que perdidos para ella tanto tiempo hacia.

Un dia, en el momento mismo en que salia de la iglesia, un pobre que habia á la puerta de ella, la entregó misteriosamente y sin decirle una palabra un villete cerrado: persuadida de que seria de algun desgraciado que imploraba su piedad y socorro, no tuvo dificultad en recibirle; y habiéndole abierto luego que llegó á su casa, leyó en él las siguientes palabras con una especie de placer, mezclado no obstante con algun sobresalto.

Amable Bianina:

"Perdonad á un desconocido »el medio de que se sirve para »daros nuevas de él: deseoso de »veros, y teniendo que hablar »con vos hoy mismo indispensa»blemente, os participa que se »hallará esta tarde en la plaza de »san Marcos, y espera que la me»moria de las ruinas de Piombi»no la tendreis bien presente, pa»ra que no os negueis á acudir al »sitio que os señala."

"P. S. Una razon poderosa, »y de la que no puedo reve»lar el arcano, me obliga á su»plicaros quemeis este villete lue»go que le hayais leido, y que »os hayais hecho cargo de lo que »contiene."

Executó Bianina inmediatamente esta última órden; pero en quanto á cumplir con la pri-

mera, no pudo ménos de sentir en algun modo bastante repugnancia.

Sabia ella demasiado bien la infinidad de crímenes que se cometen impunemente cada dia en aquella inmensa ciudad, y temia no fuese este algun artificio empleado por algun jóven veneciano, ó lo que la hacia temblar aun mas, alguna trama urdida por los Sibaritas para volverse á apoderar de ella. Sin embargo, el agradecimiento á que era deudora á su libertador, y la esperanza de volver á encontrar á su padre, ó á lo ménos de adquirir algunas noticias relativas á la suerte que habia tenido, la decidiéron á acudir al sitio señalado en el billete, tomando ántes todas las precauciones que dictaba la prudencia, y que exîgia su seguridad.

La plaza de san Marcos es

el paseo favorito de los venecianos, y el sitio en donde se presenta todo lo mas distinguido de Venecia, tanto por el nacimiento y las riquezas, como por el talento y la hermosura. Allí es en donde los venecianos, circundados por las olas del mar, y privados de las bellezas campestres, que con tanta prodigalidad presenta la naturaleza en otras ciudades de Italia, se reunen por las tardes para gozar de una especie de sociedad, en la que cada uno da libre curso, y hace ostentacion de sus gracias y talentos, y de su magnificencia y amabilidad: allí es tambien en donde se forman las amistades y tienen orígen los odios y aborrecimientos mas crueles y obstinados; y en fin allí es en donde reyna sobre todo aquella alegría y vivacidad que hace agradable la sal picante de la sátira,

tan puesta en uso en aquel pais.

Cubierta Bianina con un velo (9), salió de su casa, y se encaminó á esta magnífica plaza, adonde luego que llegó se mezcló entre la mucha gente de que ya estaba llena; pero nadie pareció hacer atencion á ella; y perdiendo bien pronto la esperanza de encontrar al desconocido, iba ya á volverse á su casa, quando vió á un jóven, cuya presencia no pudo ménos de llamar su atencion, bien que sin acertar á fixar sus ideas, ni á hacer memoria por el pronto, de adonde le habia visto otra vez.

Acercóse al corro de personas que le rodeaba, y del qual parecia él ser el alma por su talento y su amabilidad. Su edad, sus gracias, y la vivacidad y finura de sus chistes, le grangeaban el aplauso general y las miradas de una infinidad de señoras, á quienes á

un mismo tiempo divertia y adulaba con un arte admirable.

"En fin, conde Siri, le dixo con mucha gracia una de ellas, segun lo que acabais de decir, infiero con toda claridad que no amais á ninguna de nosotras." Dió el jóven conde á este ataque que se le hacia, una respuesta sumamente ingeniosa, y que gustó infinito á aquellas señoras. Bianina al oir el nombre de Siri iba á retirarse; pero el conde que ya la habia visto, dirigiéndose á ella, la dixo con un profundo respeto: "¿quién pues os ha conducido á Venecia, condesa Bonelli?"

"Tal vez la casualidad, señor conde" le respondió Bianina sonriéndose, y un poco turbada.

"En este caso ya veo que debo reservar esta pregunta para otra ocasion, la dixo el conde; y volviéndose en seguida hácia las venecianas, añadió "vos-

otras, señoras, tendreis la bondad de permitirme dexe vuestra compañía: quando se encuentran dos compatriotas que hace mucho tiempo que no se han visto, siempre tienen mil cosas que contarse que no pueden ser agradables á otros qne á ellos; y saludándolas con la mayor atencion, se apartó de ellas, y ofreció el brazo á Bianina. Esta, que le habia conocido en Florencia, y que sabia que gozaba en la ciudad de una buena reputacion, y que era tenido por un jóven atento y amable en extremo, no se atrevió á rehusar la oferta cortes y atenta que la hacia de acompañarla á su casa.

¿Era el conde el que la habia sacado de las ruinas de Piombino? esta duda era la que ella no podia resolver: la memoria que Bianina conservaba del talle y ayre de su libertador era bas-

tante imperfecta; creia al pronto hallar alguna semejanza entre él y el conde Siri, y sobre todo, le parecia reconocer el sonido de su voz; pero un momento despues ya se imaginaba haberse engañado.

El conde por su parte no hacia mas que aumentar por mil estilos su incertitud: aparentaba no echar de ver la confusion que tan decididamente manifestaba Bianina: evitaba naturalmente todas las indirectas que esta procuraba echarle para descubrir lo que deseaba, y la entretenia con las cosas mas indiferentes, á las quales daba su talento é imaginacion viva un interes que realmente ellas no tenian en sí. Sin embargo, no pudo evitar un instante de distraccion, durante el qual pareció atormentarle un secreto que sentia no poder revelar.

No se escapó nada de esto á la atenta penetracion de la jóven Bonelli, la qual, considerando que su silencio podria ser un efecto de delicadez, ó motivado por algun juramento que hubiese hecho, no se atrevió á hacerle directamente ninguna pregunta; así que, determinó esperar á que el tiempo la descubriese un misterio que tal vez no la podian aclarar ni revelar, y concedió por consecuencia al conde el permiso de que volviese á visitarla quando le pareciese.

El conde Victorio Siri era uno de aquellos hombres que hay, que ni son bastante buenos para seguir constantemente el camino de la virtud, ni bastante malos para empeñarse sin remordimientos en el sendero de los vicios. Amaba en extremo á Bianina; pero conociendo desde luego que solo la intriga y el crímen eran

los que le podian facilitar el buen éxîto de su amor, no tenia la fuerza y valor suficientes, ni para entregarse á un proyecto de esta naturaleza, ni para renunciar enteramente á él. Quanto mas la veia, mas se aumentaba su pasion, y con ménos ánimo se hallaba para hacer lo que exîgia de él el deber y la amistad. En quanto á lo demas, su conducta estaba llena de atenciones y de decencia, y al lado de Bianina se olvidaba enteramente de los aplausos numerosos que le esperaban en todas las tertulias y sociedades de Venecia; en las quales, su alegría y realce que él sabia dar á todo lo que hacia, y aun á la menor palabra que salia de su boca, le habian grangeado la opinion general, y caracterizádole por el oráculo del buen gusto.

La muger que él decia que

era amable y hermosa, era al dia siguiente la belleza de moda: los colores que él preferia eran al instante admitidos con el mayor teson por la gente de gusto de la ciudad: cantaba con mucho estilo y gracia, y pasaba en fin por el galan mas cumplido, por el mejor baylarin, y sobre todo por el hombre mas amable de Venecia. Todos estos atractivos y habilidades, unidos á su garbo y gracias, le habian hecho el ídolo de las damas; así es, que hasta entónces mas se habia ocupado en agradarlas que en amar á ninguna. Pero las ruinas de Piombino habian sido fatales á su libertad; y aquella misma Bianina, que él habia podido ver impunemente en medio de la pompa del palacio Bonelli, le habia arrebatado el corazon baxo las bóvedas terribles de los subterráneos de los Sibaritas, con su nobleza, natural

sencillez y valor heróico que habia manifestado.

Bianina por su parte no habia podido dexar de notar las perfecciones de Siri: cada dia le iba siendo su sociedad mas dulce y mas agradable; y á pesar de toda su virtud, no era insensible al placer de verse dueña de su corazon, y por decontado envidiada de todas las damas de Venecia.

La amistad, el agradecimiento, y una especie de piedad que la inspiraba un amor de que ella no creia poder participar jamas, acabáron de hacer mas íntima la union que habia entre los dos; y aunque la imágen de su desconocido amante no se hubiese aun borrado de su corazon, sin embargo tenia gusto en oir al conde hablarla de su pasion, que él pintaba con tanto arte y tanto miramiento, que no la da-

ba motivo para qué se pudiese ofender de ello. Pero un genio favorable vino felizmente á poner fin á este juego, que con frecuencia suele agradar á las mugeres, aun á las mas virtuosas, pero que jamas puede presentarse sin estar rodeado de peligros.

Una tarde que á instancias de Siri habia salido en su compañía á distraerse un poco en la plaza de san Marcos, llena á la ocasion de un inmenso gentío, se acercó á Bianina una muger cubierta con un grande velo, y aprovechándose de un momento en que el conde hablaba con uno de sus amigos, la dixo al oido: "sabed, hermosa Bonelli, que os hallais en gran peligro: desconfiad de vuestro compañero, pues que aun es tiempo, y sobre todo, no olvideis al jóven desconocido del valle de Bagno." Parecióle á Bianina reconocer la voz de Virgi-

nia, y en el instante mismo se volvió precipitadamente hácia la persona que la habia hablado; pero esta habia desaparecido ya metiéndose entre la mucha gente que las rodeaba.

Quedó Bianina algo confusa y avergonzada de su credulidad, y desde aquel momento desapareció enteramente la especie de afecto hácia el conde, que ya comenzaba á apoderarse de ella: la imágen de su amante volvió á recobrar todo su imperio: se renovó en su alma con mayor fuerza que ántes el dolor de no recibir noticia ninguna de su padre: y por último, se eclipsáron, la amabilidad de Siri, su hermosa presencia, sus talentos, y todas sus gracias, luego que lo comparó todo con las formas halagüeñas, alma llena de bondad y sensibilidad ardiente y profunda de su primer libertador. No escapó

á la penetracion de Siri esta mutacion repentina, la qual le causó una excesiva pena al principio, y despues no pudo ménos de indignarle: queriendo saber si esta novedad que advertia en Bianina, era una señal de indiferencia, ó el efecto de una inclinacion que ella acababa de descubrir en sí propia, y que procuraba combatir, resolvió hacer una seria tentativa que decididamente le diese algunas luces acerca de lo que tanto le importaba saber. Lleno pues de esta idea, pasó á su casa al dia siguiente, y entrando en su estancia la halló sumergida en la mas profunda meditacion: un ayre de tristeza y de melancolía reynaba en su hermoso rostro, y algunas lágrimas que ella procuraba ocultar, tenian humedecidos sus ojos, y caian por sus hermosas mexillas. No pudo excusarse el conde de

sentir un gozo interior al ver este espectáculo, porque ¿quién otro mas que él podia ser causa de aquella turbacion, y de aquella preciosa melancolía?"

"Amable Bianina, muy triste estais, la dixo acercándose á ella con un ayre tierno y expresivo: ¿le estará prohibido á vuestro amigo el penetrar la causa del dolor que os atormenta?"

"No es nada, señor conde, le respondió Bianina, haciendo al mismo tiempo un esfuerzo para sonreirse: vos sabeis muy bien que las mugeres nos solemos afligir y desconsolar las mas veces, sin tener un motivo fundado para ello."

"Conozco demasiado bien á la condesa Bonelli, replicó Siri con tono respetuoso, para creer que es una de aquellas mugeres, cuyo corazon y modo de pensar varia á cada instante y sin causa suficiente. Preciso es que haya ha-

bido una desgracia real y verdadera, para que de un instante á otro se haya notado en vos una variacion tan grande: ¿y podreis negaros á depositar vuestros sentimientos en el pecho de un verdadero amigo?"

"¿Creis, señor conde, que un alma sensible no puede tener secretos que justamente deba ocultar á la amistad?" le preguntó Bianina.

"No, ciertamente, quando la amistad es sincera, y quando no tiene su orígen en el egoismo, la respondió Siri."

"Lo que decis es una pura ilusion, replicó Bianina, pues que se debe ocultar á un amigo todo lo que sea capaz de afligirle, y á lo qual no se pueda dar remedio ninguno."

"Demasiado estrechos son los límites que concedeis á la amistad; pero á lo ménos, hermosa Biani-

na, permitid al amor que sea mas atrevido, y que desee exîgir de vos lo que la amistad no ha podido conseguir."

"El amor? exclamó Bianina:" ¿qué es lo que decis?

"Sí, el amor mas excesivo que jamas se ha hallado en el corazon de ningun mortal, respondió Siri, enagenado y como fuera de sí......"

"Hasta muy lejos llevais vuestra ficcion y vuestras chanzas, señor conde, le replicó Bianina."

"No, adorable Bonelli, no, la idea de fingir y de chancearme está muy distante de mi corazon. La ardiente pasion que me devora no es obra de este mismo momento; ya hace tiempo que se apoderó de mi alma: he procurado combatir y ver si conseguia aniquilar unos sentimientos que podrian serme fatales, y reducir mis relaciones con vos á

solo los dulces lazos de la amistad; pero el amor ha triunfado, él es el que me obliga á venir y á depositar mi secreto en vuestro pecho.“

“No puedo, señor conde, por mas que hago mirar vuestros discursos sino como producidos por vuestra excesiva cortesía, y deseo de agradar á las damas en general; pero sin embargo, qualquiera que sea su orígen, debo suplicaros me dispenseis de oirlos en lo sucesivo.“

“O adorable Bianina! deponed una modestia que de nada os puede servir para autorizar vuestras dudas, la respondió el conde. ¿Por qué no creer lo excesivo de mi amor, quando todo lo que se halla en vos es suficiente á inspirar la mas fuerte pasion? Vuestro entendimiento, vuestra preciosa alma, vuestras gracias, esas hermosas facciones,

esos ojos, esa boca......"

"Deteneos, conde Victorio, y estad persuadido de que solo el desórden en que veo se hallà vuestra razon y juicio, es lo que me puede hacer disimular y perdonar la poca atencion que habeis guardado conmigo al hacerme semejantes discursos."

"Ah! hermosa Bianina, ¿y qué puede producir vuestra indiferencia, sino estos desvaríos? pero no, adorada Bonelli, quitémonos la máscara que nos cubre, renunciemos á un disimulo que nos priva á ambos á dos de una felicidad de que podemos gozar completamente, y sin que nadie se nos oponga."

Dichas estas palabras se acercó á ella, é hizo ademan de quererla estrechar entre sus brazos; pero Bianina le aparta de sí con violencia, echándole al mismo tiempo una mirada, en la qual

estaba pintado su desprecio é indignacion.

"*De* hoy en adelante ya procuraré yo libertarme de semejantes ultrages, le dixo ella llena de enfado, y cubierta la frente de un noble resentimiento: desde este mismo instante os prohibo volvais á presentaros en mi casa, ni á comparecer delante de mí,"

"¿Y es este, Bianina, el modo de proceder de un corazon agradecido, y de un alma generosa?"

"El honor es aun mas precioso que la vida y que la libertad: la ofensa que acabais de hacerme ha destruido en un instante todo el mérito que habiais adquirido con vuestra conducta pasada. Andad, señor conde, y no olvideis jamas que un resto de agradecimiento que conservo hácia vos, es solo lo que me puede impedir al presente el llevar hasta mas léjos mi resentimiento."

Estas palabras acabáron de encender la cólera del orgulloso Victorio Siri, al qual tenia ya lleno de furia el mal éxîto de sus proyectos, y el haberse engañado tan groseramente acerca del amor que él creia haber inspirado á Bianina; así pues deponiendo á un mismo tiempo toda prudencia y toda delicadez y cortesía, dixo á Bianina con una sonrisa y ayre burlon y lleno de veneno.

"Pues que á vuestro desprecio unis tambien el insulto, y la amenaza, llamad, madama, llamad testigos del favor que me lisongeo obtener de vos ántes de que nos apartemos el uno del otro. Dos amigos deben separarse siempre con ternura; así que, espero no os negareis á que estampe mis ardientes labios en vuestras mexillas, en señal de nuestra reconciliacion; bien entendi-

do de que estoy determinado á emplear aunque sea la fuerza para conseguirlo. Si es que no temeis dar un escándalo, ya me conoceis demasiado bien para saber que no tendré necesidad de otra cosa mas que de soltar unas quantas palabras con alguna maña en las tertulias de Venecia, para que toda la ciudad no ponga duda ninguna en que he sido dichoso con vos. Ya veis, madama, que tengo la generosidad de señalar un precio muy moderado á vuestra reputacion, que como veis, está en mi mano.“

Asombrada Bianina de tanta perversidad, no sabia qué responder, y ya el conde se disponia para executar su amenaza, quando de repente se abriéron las puertas de la sala en donde se hallaban; en la qual entró en seguida un heraldo de la república, escoltado de un gran núme-

ro de soldados, quien haciendo que desarmasen al conde, manda que le siga, y le saca de allí arrestado, á pesar de su furor y de sus amenazas. Sumamente asustada Bianina con esta nueva escena, y desolada sobre todo de ver sacaban preso de su casa al conde Siri, no pudo contener sus lágrimas luego que el heraldo se hubo retirado con su gente.

En el entretanto, una persona que se habia introducido entre los soldados, y quedádose allí luego que se fuéron, se acerca á Bianina, y hace algun ruido: esta le oye, vuelve la cabeza, y reconoce, estremeciéndose al mismo tiempo, á su jóven amigo, á su adorado desconocido, que acababa de verla quasi en los brazos de Siri. Sin embargo de que se hallaba inocente, un color encendido cubre todo su semblante, sus ojos quedan clavados en el

suelo, y en seguida se cubre la cara con sus manos. El desconocido por su parte se echa á sus pies y se mantiene un largo rato sin hablar una sola palabra, y sin movimiento ninguno.

"Yo os he amado adorable Bianina, la dixo en fin con una voz trémula: yo os he amado mas que á mí mismo, y mas que á todos los objetos que habia sobre la tierra apreciables para mí: yo habia reconcentrado y cifrado en mi amor toda la felicidad y todas las delicias del resto de mi vida: para mereceros, me propuse callar, y aun huir de vos, pues que este sacrificio exîgia de mi constancia y valor nuestra fatal suerte: yo he comprimido y encerrado en mi pecho la mas violenta de todas las pasiones, por el temor que tenia de perderos: ningun sacrificio ni esfuerzo ninguno, he dexado de emplear para

apartar los obstáculos quasi invencibles que nos separaban al uno del otro, y al presente!..... ¡al presente todo se ha perdido! sí, ¡todo se ha perdido! Ah! ¡qué mi corazon no ha sido formado sino para padecer y sufrir!..... A Dios á Dios Bianina, ¡á Dios para siempre! ¡El cielo os haga venturosa! En quanto á mí, renuncio desde ahora al único bien que me tenia unido á los hombres: el dolor será mi único compañero, y el solo que me queda de hoy en adelante en el triste sendero de la vida.‘‘

Dichas estas palabras, tomando la mano de Bianina, la qual se hallaba quasi sin sentido, y estrechándola entre las suyas, se salió precipitadamente de la sala. Llámale Bianina, y se levanta para correr en su seguimiento; pero en el mismo instante la abandonan sus fuerzas debilitadas con

lo mucho que acababa de padecer, y cae desmayada en su sofá, exclamando con voz lánguida y afligida...... "perdóname, ¡ó amado dueño mio! ¡perdona á la inocente Bianina!...... ella te adora, sí...... ella te idolatra!.....

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

NOTAS.



Nota primera, pág. 6.

(1) La ciudad de Florencia, dice el abate *Richard* en el prefacio de su *Descripcion de la Italia*, vió nacer en su seno las ciencias y las nobles artes, sin ser auxîliada por otra ninguna nacion. La arquitectura tenia ya en esta ciudad sus obras maestras, en tanto que el resto de la Italia, y aun la misma Roma, eran todavia esclavas del mas perverso gusto gótico. Por otra

parte, los talentos del *Cimabue* saliéron á luz el siglo décimo tercio, y fuéron bien pronto seguidos por los de *Leonardo de Vinci*, de *Masaccio*, de *Miguel Angel*, de F. *Bartolomé* y de *Andrea del Sarto*, que ya habian llegado á la perfeccion del arte, ántes que se conociese á *Rafael* y al *Ticiano*. Habiéndose conquistado y tomado Constantinopla por los turcos, poco despues de esta época, atraxéron á sí los Medicis á todos los sabios y artistas que habian sido arrojados de ella; pudiéndose decir que fué en Florencia en donde se encendiéron aquellas resplandecientes antorchas que ilumináron los

ilustrados siglos de Leon X.º y Francisco I.º Pero lo que hay de mas notable, es que las artes y las ciencias se sostenian allí, y aun se iban fomentando cada vez mas, en medio de la confusion de las revoluciones, y á pesar del furor de los partidos, y de la division continua de las facciones, los quales daban el último golpe á la república, é inmolaban ó desterraban á los mas ilustres ciudadanos. Asegura *Denia* en sus *Revoluciones de Italia*, que en el siglo décimo tercio tenia Florencia en su territorio cien mil hombres en estado de tomar las armas; y *J. Villani* añade que en la ciudad sola ha-

bia noventa mil almas. *William Roscoe* en su *vida de Lorenzo de Medicis* regula la poblacion del estado de Florencia en quatrocientas mil almas, y en ochenta mil el número de hombres capaces de tomar las armas.



Nota segunda, pág. 9.

(2) En el siglo décimo quinto, el señorío del valle de Bagno pertenecia, baxo la proteccion de Florencia, á una de las principales familias de esta ciudad. Habiendo querido uno de

los primeros poseedores venderla secretamente al rey de Nápoles en 1452, fué descubierto este proyecto, y los florentines confiscáron este pequeño principado, que fué desde luego reducido á vicariato.



Nota tercera, pág. 26.

(3) El *Gonfaloniero*, ó porta estandarte, se elegia cada dos meses, y era durante este tiempo el gefe de la autoridad executiva, confiada á un consejo de diez ciudadanos, y comandante

de las tropas encargadas del órden y policía de la ciudad. Por lo regular este empleo se daba siempre á los principales de las primeras familias de Florencia; mas sin embargo algunas veces se confió á personas de la liga del pueblo.

Nota quarta, pag. 26.

(4) El orígen de la casa de los Medícis es muy incierto: los unos le traen de un carbonero de Mugello, otros de un posadero de Florencia, y otros en fin

de un médico de Carlo Magno; y los que la han querido adular, la han hecho descender de cónsules ó de emperadores romanos. Como quiera que sea, todos los historiadores estan acordes en hacerla representar un cierto papel desde el siglo duodécimo: los unos dicen que un Alexandro de Medicis defendió la ciudad de Alexandría contra el emperador Federico II.° en 1162: otros traen un diploma de Federico II.° dado en 1120, y en el qual se da título de caballero á un Juan de Medicis: un Evrad de Medicis fué *podesta* de Luca en 1230, y su grandeza se acrecentó en seguida á

proporcion que el partido popular se fué haciendo mas poderoso en Florencia. Condecorados frecuentemente con las primeras magistraturas, el principio que los gobernó siempre fué el de ganar la amistad del pueblo, y el de defender su causa contra los nobles. Otro Evrad de Medicis fué *Gonfaloniero* de Florencia en 1314; y Juan su hijo, que obtuvo el mismo empleo en 1360, acabó de ensalzar su casa, sosteniendo con tanto valor como desinteres á las tribus plebeyas contra las nobles, dirigidas entónces por los Albizzi y los Uzano. Su crédito en Florencia y en las cortes vecinas,

y sus inmensas riquezas pasáron á su hijo mayor Cosme, nombrado despues *Cosme el grande*, *y el padre de la patria.* Despues de largas turbulencias y algunos contratiempos, y despues de haber sido desterrado en 1433 por los gefes de la faccion revoltosa, entre otros por el célebre *Renaud* de Albizzi, los florentinos reclamáron á Cosme; el qual dexó á Venecia, en donde le habian colmado de mil atenciones, volvió á comparecer en triunfo en su patria, la gobernó con tanto valor como prudencia, la pacificó interior y exteriormente, y empleó sus riquezas en su ornato y en su felicidad: levantó

muchos edificios y monumentos, formó algunas bibliotecas, y fué el primero que comenzó aquella época tan conocida en la historia literaria baxo el nombre de siglo de *Medicis.* Pero lo que es digno de atencion es que al exemplo de sus antepasados continuó haciendo el comercio, y aun le extendió por todas las partes del mundo conocido: su nieto Lorenzo imitó en esto su exemplo, lo qual hizo decir á un autor clásico, que era una cosa tan admirable como agena de nuestras costumbres el ver á este ciudadano vender por una parte los géneros de levante, y sostener por otra el peso

de la república, tratar con los factores, y recibir á los embaxadores, hacer la guerra y la paz, ser el oráculo de los príncipes, cultivar las letras amenas, dar espectáculos al pueblo, y acoger á todos los sabios griegos de Constantinopla. En efecto, se asegura que era tan extenso el comercio que hacia Cosme, que habiéndose unido Alfonso, rey de Nápoles, con los venecianos contra Florencia, consiguió Cosme por medio de sus relaciones comerciales, privarles absolutamente de dinero, hasta el punto de obligarles á hacer la paz. Murió en 1464 de edad de setenta y seis años, y está enter-

rado en la iglesia de san Lorenzo, al pie del altar mayor, debaxo de una sencilla losa, en la qual se halla esta corta y honorífica inscripcion:

Decreto publico, patri patriae.

Pedro su hijo gobernó durante seis años con bondad; pero no con el mismo talento, y fué padre de Lorenzo y Julian de Medicis, que son de los que se habla en esta historia.

Nota quinta, pág. 27.

(5) Este Tomas Soderino fué uno de los consejeros de Pedro de Medicis, padre de Lorenzo y de Julian, y le ayudó durante su corta administracion á reprimir los esfuerzos de sus enemigos, entre los quales habia un hermano suyo, Nicolas Soderino, que fué desterrado, así como sus cómplices. Despues de la muerte de Pedro, presentó Soderino á sus dos hijos, de edad entónces el uno de 21 años, y el otro de 16, en una asamblea en donde habia

reunido las primeras personas de las principales familias: fuéron recibidos en ella con aclamacion, y se les confió el gobierno del estado. El autor de la *historia Florentina* pinta á este Soderino como un hombre *modesto y sabio*; y asegura que *siendo*, despues de la muerte de Pedro, *á quien con mas razon y justicia pertenecia el gobierno, y muy recomendado por su prudencia y gravedad, no solo en Florencia, sino tambien entre todos los príncipes italianos, fué visitado y honrado en aquel entónces, como cabeza de la república, por los ciudadanos; y recibió cartas de los príncipes extrangeros: pero que respon-*

dió á los unos y á los otros debian dirigirse á los Medicis como dignos de aquel honor, y no á él. Parece que al principio les ayudó con sus consejos; pero como Lorenzo descubrió en edad corta unos talentos tan grandes, gobernó por sí solo y sin auxîlio de nadie.

Nota sexta, pág. 48.

(6) El Arno es un rio que tiene su nacimiento en los Apeninos, atraviesa la Toscana, y divide á Florencia en dos partes, que se comunican por quatro

grandes puentes de piedra, y va á desaguar en el mar por debaxo de Pisa. La corriente del Arno en toda la longitud de la ciudad de Florencia, está fortificada por ambos lados con unos malecones de anchura suficiente para poder andar por ellos en coche. Siguiendo al autor de esta historia, los jardines del palacio de Bonelli llegaban entónces hasta el Arno.

Nota séptima, pág. 56.

(7) Lorenzo de Medicis, hermano mayor de Julian, consiguió, auxîliado de los amigos de su familia, hacer que le entregasen á la edad de 21 años el gobierno de Florencia, y no tardó mucho en descubrir un genio que en nada cedia al de Cosme el grande. Aun viviendo su padre, tenia ya una grande influencia en el gobierno del estado, sin embargo de que aun no tenia 20 años. Algunas cartas que nos quedan de Pedro de Medicis su pa-

dre, prueban que quando su hijo estaba ausente, le consultaba acerca de los negocios mas interesantes; y los sabios le imploraban ya como á su protector. Su historiador pretende tambien que él fué quien descubrió la conspiracion de Pitti contra su padre. Todo esto explica la razon de haber conseguido él tan facilmente, á pesar de su poca edad, el gobierno del estado. La conjuracion de los Pazzi no sirvió mas que para aumentar su crédito: se le concedió una guardia, llegó á ser el gefe absoluto del estado, y se le denominó mas adelante *el magnífico*, *y el padre de las musas*, porque él fué en

efecto particularmente quien atraxo á Florencia los artistas griegos, dispersos desde la toma de Constantinopla por los turcos, en 1453. Se le denominó tambien *il pensieroso*, el meditador; y esto fué lo que quiso expresar el artista que hizo su estátua, colocada en la capilla llamada de los *Medicis* en la iglesia de san Lorenzo de Florencia. Se le ve sentado con la cabeza apoyada sobre la mano, y en la actitud de un hombre que medita profundamente. Tambien se ve allí la estátua de su hermano Julian. El autor de la historia Florentina, que no es nada sospechoso quando alaba á los Medicis,

dice en ella que Lorenzo adornó y engrandeció á Florencia, aumentó sus posesiones, construyó fortalezas, atraxo á sí á los sabios, dió fiestas, espectáculos guerreros, cultivó él mismo las letras, fundó colegios y monasterios, salió bien de tres conspiraciones formadas contra su vida, y se grangeó la estimacion de todos los príncipes, que se la manifestáron por medio de embaxadores, principalmente el rey de Ungría, el Sultan de Egipto, y el Gran Señor. Era, añade el mismo autor, elocuente en sus discursos, sabio en sus deliberaciones, pronto en executar, sin que hubiese nada que manchase sus virtudes,

sino el haber sido algo inclinado al bello sexô, y afecto á las jocosidades y á los chistes, de modo que la mezcla de estas dos inclinaciones, la una grave y de la mayor entidad, y la otra ligera y futil, hacian se admirasen en él la union de dos tan diferentes humores y complexîones. Cultivó las letras con el mayor acierto, como lo prueban muchos poemas, sonetos, piezas dramáticas, memorias, noticias llenas de gusto, &c. que nos quedan de él. Nació este grande hombre en 1448, perdió á su padre en 1469, y murió en 1492.



Nota octava, pág. 279.

(8) Es falso que Julian de Medicis fuese asesinado por ninguna muger, y tambien lo son todos los vicios y delitos que el autor de esta historia atribuye á este degraciado jóven; ó por lo ménos yo no he podido descubrir, por mas indagaciones que he practicado, quales son las fuentes de adonde se pudiéron sacar todos estos tan singulares y terribles hechos. En lo que no hay duda es en que quasi todos los historiadores convienen en presen-

tarnos á Julian de Medicis como un hombre sumamente amable, generoso, lleno de afabilidad, protector decidido, al exemplo de su hermano, de las ciencias y las artes, y con especialidad superior á sus contemporáneos en todos los exercicios y habilidades personales. Era aposionado con extremo á la pintura, á la música y á la poesía, cuyas tres artes cultivaba con mucho aprovechamiento; y no solamente los historiadores, sino tambien los poetas han celebrado la union y el amor que se profesaban los dos hermanos. Como la edad de Julian á la muerte de su padre era solo de 16 años, se confió

por entero el gobierno del estado á la sabiduría y prudencia de Lorenzo, quien cuidó con una atencion y esmero constantes de su educacion y progresos, segun nos dice su historiografo.

Las circunstancias que acompañáron al asesinato de Julian de Medicis, ocurrido en 26 de Abril de 1478, fuéron en esta forma. La poderosa y numerosa familia de los Pazzi, llena de envidia y de resentimiento mucho tiempo hacia contra la de los Medicis, y excitada y animada ademas por cierto príncipe poderoso de la Italia que quería proporcionar un estado á un sobrino suyo, y vengarse de los Medicis, á quie-

nes detestaba, formó una terrible conspiracion dirigida á quitar la vida á los dos jóvenes hermanos, no obstante hallarse casado uno de los Pazzi con una nieta de Cosme el grande. Los Salviati y otras familias distinguidas de Florencia, entráron tambien en esta conjuracion, y quedó determinado entre todos que se executaria el sangriento proyecto que tenian pensado, en la iglesia, durante el santo sacrificio de la Misa, y en el momento mismo en que alzasen á su Magestad: con efecto, Julian cayó sin vida á los pies de uno de los conjurados llamado *Bernardo Bandini*, que fué el pri-

mero que le hirió, y á los de *Francisco Pazzi*, el qual se ensangrentó de tal modo y con tal furor en el cadáver de su víctima, que sin saber cómo se hirió á sí mismo. No sucedió lo mismo con Lorenzo, pues como se defendiese mejor, y no estuviesen tan prontos los que se habian encargado de asesinarle, tuviéron lugar sus amigos para cubrirle con sus cuerpos, y libertarle por este medio de la muerte que en mil aceros le estaba preparada. Inmediatamente se prendió á todos los conjurados, quienes perdiéron la vida á manos del pueblo ó del verdugo; y Lorenzo quedó desde entónces con

mas poder y autoridad que nunca.

Acuérdome haber leido no sé dónde que este *Francisco Pazzi*, ademas de las enemistades que traia consigo el encono de las dos familias, odiaba personalmente á Julian de Medicis, por haber sido su competidor en ciertos amores. En quanto á los Bianchini, no cabe duda ninguna en que exîstió, y aun tal vez exîstará todavia en Florencia una familia de este nombre.



Nota novena, pag. 202.

(9) Ya se sabe que las italianas se cubrian en otro tiempo la cara quando salian á la calle, con mucho mas cuidado que lo que lo hacen en el dia.

FIN DE LAS NOTAS DE LA PRIMERA PARTE.

TABLA.

DE LOS CAPITULOS DE ESTA PRIMERA PARTE.





